

Canícula

(Evangelio apócrifo de una familia, de un país)

Lola Blasco

© Lola Blasco, 2016

© De esta edición: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2016
c/ San Fernando, 44 - 03001 Alicante

Diseño de cubierta: Aurelio Ayela

Maquetación: Marten Kwinkelenberg

Impresión:

ISBN: 978-84-7784-XXX-X

Depósito Legal: A XXX-2016

Nota sobre la disposición escénica

En la escena hay tres espacios. El interior de la habitación de hospital donde está *El tercero* en la cama. La puerta de la habitación en cuyo marco y a cada lado se encuentran *La Una* y *La Otra*; y la sala de espera del hospital en la que hay un sofá encarado hacia la puerta de la habitación del enfermo. Tras el sofá hay una ventana por la que se ve el mundo. En la escenografía ideal de mi mente, el marco de la puerta enmarca de forma imposible toda la escena, como si fuera un retablo.

I
Los hermanos

*El que se irrite con su hermano será llevado a juicio;
el que insulte a su hermano ante el tribunal supremo,
y el que lo injurie gravemente será llevado al fuego.*

(Los tres hermanos sentados en un minúsculo sofá en la sala de espera de un hospital. Todos sus movimientos son de tres en tres)

EL MAYOR: Hace un sol de justicia.

EL DE EN MEDIO: De justicia, sí.

EL MENOR: Sí, de justicia.

(Silencio)

EL MAYOR: ¡Con lo contento que yo me había levantado!

EL DE EN MEDIO: Esas cosas pasan, a veces.

EL MENOR: Cuando el sol cae de esa manera...

EL DE EN MEDIO: Un sol de justicia.

EL MAYOR: De justicia, sí.

(Silencio)

EL MAYOR: ¿Y por qué no podemos entrar?

EL DE EN MEDIO: Ha dicho que, de entrar, prefiere que entremos de uno en uno.

EL MAYOR: ¿De entrar?

EL MENOR: No entiendo por qué no nos deja entrar a todos.

EL DE EN MEDIO: No se encuentra bien.

EL MENOR: Es gilipollas.

EL MAYOR: ¿De uno en uno?

EL DE EN MEDIO: Dice que nos recibirá de uno en uno.

EL MAYOR: ¿Que nos recibirá para qué?

EL DE EN MEDIO: Para hablar.

EL MAYOR: ¿Hablar, de qué?

EL DE EN MEDIO: Hablar.

EL MAYOR: Nuestra familia no es de esas en las que se entra de uno en uno y se habla.

EL MENOR: Gilipollas.

EL MAYOR: Cállate.

EL MENOR: ¿Qué pasa, no se puede llamar gilipollas a un hermano?

EL DE EN MEDIO: Está feo.

EL MENOR: Y si mi hermano es gilipollas, ¿no puedo decir que lo es? Que entremos para hablar de uno en uno. ¿En fila india? Ni que fuéramos ovejas. Se cree mejor que nosotros.

EL DE EN MEDIO: Se cree mejor, sí.

EL MENOR: Gilipollas.

EL MAYOR: Que te calles.

EL MENOR: ¿No se puede decir eso de un hermano, decir que es gilipollas?

EL MAYOR: Sí se puede. Cállate, gilipollas.

(Silencio)

EL MAYOR: ¿Y qué tiene?

EL DE EN MEDIO: Una indisposición.

EL MAYOR: ¿Una indisposición?

EL DE EN MEDIO: Una ligera indisposición, esas han sido sus palabras... antes de empezar a hablar raro.

EL MENOR: *(Ríe)* ¿Una ligera indisposición?

EL DE EN MEDIO: Una ligera indisposición, sí.

(Silencio)

EL MAYOR: Hace un sol de justicia.

EL MENOR: Aquí, en el sur, siempre azota el sol. Por los pesticidas.

EL DE EN MEDIO: ¿Los pesticidas?

EL MENOR: Los pesticidas, las tomateras. Siempre hace buen tiempo. Manga corta en Navidad. Las playas llenas.

EL DE EN MEDIO: ¿Los pesticidas?

EL MENOR: El tío ese de las tomateras. El Boni. Dicen que echa algo en el aire, para que no llueva y no se estropeen los tomates. Dicen que echa algo en el aire para que haga siempre sol.

EL DE EN MEDIO: ¿Que echan qué en el aire?

EL MENOR: ¡Qué bien! ¡Qué sol!

EL DE EN MEDIO: ¿Qué es lo que echan en el aire?

EL DE EN MEDIO: Y por eso no llueve nunca aquí...

EL MENOR: ¿Qué echan en el aire?

EL DE EN MEDIO: ...y venga sol, y más sol. Y nunca se olvida el sol, en el sur, nunca se olvida de salir. Y venga turistas, y más turistas, todos rojos, como las tomateras del Boni, y todo el resto del mundo viene aquí, porque hace muy buen tiempo, de vacaciones. Y los que estamos aquí, nos quedamos aquí, porque los que estamos aquí, no tenemos vacaciones. Aquí nunca tenemos vacaciones porque aquí, ni el sol se toma un día de descanso. Me gustaría tener vacaciones.

EL MAYOR: Yo tampoco tengo vacaciones.

EL MENOR: A mí me gustaría tener vacaciones. Quiero arru-garme al sol.

EL DE EN MEDIO: El sol no es bueno.

EL MENOR: Me siento indispuesto, quiero vacaciones.

EL MAYOR: Yo tampoco tengo vacaciones y soy mayor que tú.

EL MENOR: Siento una ligera indisposición.

EL MAYOR: Es importante trabajar. Yo trabajo día y noche.

EL MENOR: Quiero vacaciones, tumbarme al sol y que se me pele la piel. Mudar de piel.

EL MAYOR: Trabajando se comprende cuán reducido es el número de personas honradas.

EL DE EN MEDIO: Eso provoca cáncer.

EL MAYOR: ¿El sol?

EL DE EN MEDIO: ¿Qué echan en el aire?

EL MAYOR: Trabajar te modifica el carácter. Una vez no quise ir a trabajar y mi padre...

EL DE EN MEDIO: Nuestro padre.

EL MAYOR: ...me pegó en la cara. Y me brotó sangre de la nariz. Eso, te modifica el carácter.

EL MENOR: Tirarme al sol y curtirme, que se me quede la piel como los papeles viejos...

EL DE EN MEDIO: ¿Qué es lo que echan en el aire?

EL DE EN MEDIO: ...y luego arrancarme la piel, quitarme las pielecillas tira a tira.

EL DE EN MEDIO: ¡¿Qué cojones echan en el aire?!

EL MENOR: ¡No lo sé!

(Silencio)

EL MAYOR: No es de esas, nuestra familia. En nuestra familia no se habla, se pone la tele mientras se come para no tener que hablar.

EL DE EN MEDIO: Se pone la tele, sí.

EL MENOR: Sí, todo el día la tele puesta.

(Silencio)

EL DE EN MEDIO: ¿Qué estarán poniendo en la tele?

EL MENOR: Una de romanos.

EL DE EN MEDIO: ¿Una de romanos?

EL MENOR: En vacaciones siempre ponen pelis de romanos. Eso he oído, porque como yo nunca tengo vacaciones...

EL MAYOR: No se habla, en nuestra familia, se trabaja día y noche y cuando no se trabaja se pone la tele. Así es como son las cosas. En nuestra familia no se habla, ni nadie se siente indispuerto.

EL MENOR: Ni se tienen vacaciones.

EL MAYOR: Eso.

EL DE EN MEDIO: A lo mejor quiere vernos de uno en uno, hablar con nosotros, porque se está muriendo.

(Silencio)

EL MAYOR: ¿Muriendo?

EL MENOR: Sólo está indispuerto, ligeramente.

EL MAYOR: Y está faltando a sus obligaciones.

EL MENOR: *(Tose)* Vago.

EL MAYOR: ¿Qué es eso de que quiere hablar? Hablar no es un trabajo, se trabaja con las manos.

EL MENOR: ¡Aquí si uno trabaja con las manos, todos trabajan con las manos!

EL MAYOR: Eso.

(Silencio)

EL MAYOR: ¿Y si entramos todos?

EL DE EN MEDIO: No nos van a dejar. Ellas. Custodian la entrada. Como perros.

EL MAYOR: Soy el mayor y nadie me dice qué es lo que tengo que hacer ni cómo lo tengo que hacer.

EL MENOR: Muy bien.

EL MAYOR: Soy el patriarca.

EL MENOR: Tú eres el patriarca y no ese, que al fin y al cabo nació el tercero.

EL DE EN MEDIO: ¿Que quiere hablar, dice?

EL MAYOR: Pues si no se habla, no se habla.

EL MENOR: No se habla.

(Silencio)

EL DE EN MEDIO: Míralas, parecen rabiosas...

EL MENOR: ...la una y la otra...

EL DE EN MEDIO: ...rabiosas.

EL DE EN MEDIO: A mí me dan miedo.

EL MENOR: A mí también.

EL DE EN MEDIO: Tan angelicales...

EL MENOR: Fíate de la virgen y no corras.

EL DE EN MEDIO: ¡Perros!

EL MAYOR: ¡Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros!

EL DE EN MEDIO: ¿Qué estarán pensando?

EL MENOR: No lo sé, ¿piensan?

EL DE EN MEDIO: Probablemente, probablemente...

EL MAYOR: Los perros siempre estarán en la puerta.

EL MENOR: En la puerta de dónde.

EL MAYOR: Del infierno.

EL DE EN MEDIO: Ahí las dos, una a cada lado parecen...

EL MAYOR: ¿Qué?

EL DE EN MEDIO: ...las niñas de *El resplandor*.

EL MENOR Y EL DE EN MEDIO: (*Ríen*) ¿Qué?

EL DE EN MEDIO: Miradlas, ¿no me digáis que no se parece un poco?

EL MENOR: Un poco sí.

EL MAYOR: Sí, un poco.

EL DE EN MEDIO: Cuando tenían cuatro años vi con ellas esa peli.

EL MENOR: ¿Por qué?

EL DE EN MEDIO: Me daba miedo verla sólo.

EL MENOR: ' ¿Viste *El resplandor* con tus hermanas de cuatro años porque tenías miedo?

EL DE EN MEDIO: Joder, no lo sabía.

EL MENOR: Eres un mierda.

EL DE EN MEDIO: Yo no sabía que saldrían gemelas muertas en la peli.

EL MENOR: Terrible.

EL DE EN MEDIO: Ir a mear a las tres de la madrugada y encontrarte...

EL MENOR: ¿Qué?

EL DE EN MEDIO: A las gemelas en el pasillo.

EL MENOR: Tendrían miedo.

EL DE EN MEDIO: «Juega con nosotras, juega con nosotras». Tenía miedo yo.

(Silencio)

EL MAYOR: Voy a entrar.

(No se mueve)

EL MENOR: ¡Qué bien! ¡Qué sol! Nos vamos a derretir en esta sala de espera. Cuando venía, he visto arder el asfalto.

EL DE EN MEDIO: ¿Arder el asfalto?

EL MENOR: Fundiéndose, el asfalto. Joder no es normal, este calor ahora, no es normal. Eso es el cambio climático, tifones, terremotos... han dicho que no saben cuánto va a durar esta ola de calor.

EL DE EN MEDIO: ¿Dónde han dicho eso?

EL MENOR: Se dijo. Lo escuché mientras venía. Han dicho que no saben si durará días o semanas, pero que esperan que no sea mucho tiempo.

(Silencio)

EL MENOR: Por un momento he pensado... lo mismo se incendia la carretera y se incendia todo. Lo mismo empiezo a arder. Una combustión espontánea. Lo mismo empiezo a arder por dentro y me quemó y entonces paso por la gasolinera y explota, y arde todo. Bajo este sol de justicia...

(Silencio)

EL MAYOR: Un sol de justicia, sí.

EL DE EN MEDIO: Sí, de justicia.

(Silencio)

EL MAYOR: Hay que decidir quién entra primero.

EL MENOR: Los mayores primero.

EL DE EN MEDIO: Me parece bien.

EL MAYOR: Yo creo que es mejor que vayas tú que eres menor que él y le debes respeto, porque como vaya yo....

EL DE EN MEDIO: Muy cierto.

EL MENOR: Pero el orden de los factores.... ¿cómo era?
¿Cómo era?

(Silencio)

EL MENOR: Si tengo que ser el primero en entrar...

EL MAYOR: Sólo establecemos un orden

EL MENOR: ... si tengo que ser el primero en visitar al hermano moribundo...

EL MAYOR: Eso en verdad no lo sabemos.

EL DE EN MEDIO: Si dice que de uno en uno, será que está moribundo.

EL MENOR: ...pues entro yo y ya está, al fin y al cabo....

EL MAYOR: No tienes que hacerlo si no quieres.

EL MENOR: Todos los caminos llevan al mismo sitio y es mi hermano.

EL MAYOR: Nuestro hermano.

EL MENOR: Soy capaz de asumir el mando.

EL MAYOR: El cabeza de familia soy yo

EL DE EN MEDIO: Ya vale.

(Se intentan levantar los tres a la vez, no pueden, se quedan encajados en el sofá)

II

Las hermanas

*No sólo de pan vive el hombre,
sino de toda palabra que sale por la boca*

(Las hermanas están de pie, miran hacia la ventana)

LA UNA: ¿A veces piensas cosas que no has pensado tú, o que sientes que no has pensado tú, pero que, a lo mejor, te hubiera gustado pensar?

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: Ya sabes, cuando piensas: «esto ya lo he vivido, esta situación ya la he vivido» pero luego te das cuentas que no, que no la has vivido.

LA OTRA: No.

LA UNA: ¿Nunca? ¿Nunca has sentido que algunas de tus vivencias, a lo mejor, quizás, no tenían que ver contigo exactamente y sin embargo tenían que ver contigo?

LA OTRA: No.

LA UNA: Como un *déjà vu*.

LA OTRA: Un, ¿qué?

LA UNA: Un *déjà vu*. Algo que te resulta familiar. De repente piensas: «Sí, yo he estado con esta persona antes, hablando de esto mismo» y sabes qué es lo que vas a decir justo a continuación.

LA OTRA: No.

(Silencio)

LA UNA: *(Anota en su cuaderno)* No.

(Silencio)

LA UNA: ¿Qué voy a decir ahora?

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: ¿Qué voy a decir ahora?

LA OTRA: No lo sé.

LA UNA: Di algo, cualquier cosa.

LA OTRA: No lo sé.

LA UNA: Una palabra.

LA OTRA: No.

LA UNA: ¿Te acuerdas de la conversación del otro día? ¿Te acuerdas? Te llamé y estabas en el trabajo, ¿lo recuerdas?

LA OTRA: Sí. ¿Y?

LA UNA: ¿Te acuerdas de lo que dijiste entonces?

LA OTRA: Ahora mismo no.

LA UNA: Dijiste: «Sabía que ibas a llamar».

LA OTRA: ¿Y eso, qué?

LA UNA: ¿Cómo podías saberlo, cómo podías saber que te iba a llamar?

LA OTRA: Habíamos quedado en eso. Estaba pensando que me ibas a llamar y lo hiciste.

LA UNA: La sincronía.

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: Mi campo de fuerza se conectó con el tuyo, tu campo de fuerza se conectó con el mío y por eso te llamé.

LA OTRA: ¿Mi campo de fuerza?

LA UNA: Si, la fuerza que ejerces sobre el espacio que te rodea. El vacío, no existe, es una falacia.

LA OTRA: Estás loca.

LA UNA: Teníamos quince años. Recuerdas que entraste en la habitación y me dijiste: «Imbécil, ¿qué me has cogido?».

LA OTRA: Siempre estabas cogiendo mis cosas.

LA UNA: Pero tú acababas de llegar.

LA OTRA: Sí.

LA UNA: ¿Cómo podías saber que había tocado tu armario?

LA OTRA: Porque lo hacías muy a menudo, todavía lo haces.

LA UNA: Pero tú no lo sabías con certeza.

LA OTRA: No.

LA UNA: Entonces, ¿cómo podías saberlo?

LA OTRA: Es cuestión de estadística.

LA UNA: Podrías haberte equivocado, ¿no es así?

LA OTRA: Sí.

LA UNA: Pero no lo hiciste.

LA OTRA: Una coincidencia.

LA UNA: Las casualidades no existen, se deben a la sincronía.

(Silencio)

LA OTRA: Como había sucedido antes, sabía que eso podía volver a ocurrir.

LA UNA: ¿Habías pensado que ocurriría?

LA OTRA: Sí.

LA UNA: ¿Y ocurrió?

LA OTRA: Sí.

LA UNA: (*Anota en su cuaderno*) Profecías: sí.

LA OTRA: ¿Qué estás haciendo?

LA UNA: Un estudio.

LA OTRA: ¿Un estudio sobre mí?

LA UNA: Sobre la familia.

LA OTRA: ¿Por qué?

LA UNA: Escribo.

LA OTRA: ¿El qué?

LA UNA: Nuestra historia.

LA OTRA: Vale.

LA UNA: ¿Sabías que la conexión entre los hermanos gemelos es mucho más alta que entre los hermanos no gemelos?

LA OTRA: Yo no tengo nada que ver contigo.

LA UNA: Eso demuestran los experimentos sobre gemelos.

LA OTRA: No me parezco a ti en nada.

LA UNA: Dicen que es tu primer amor, que el gemelo con el que compartes espacio en el útero es tu primer amor.

LA OTRA: Te odio.

LA UNA: No es verdad.

LA OTRA: Sí es verdad, te odio.

LA UNA: ¿Y por qué?

LA OTRA: ¿Por qué, qué?

LA UNA: ¿Por qué me odias?

LA OTRA: No lo sé, es inexplicable.

LA UNA: El amor también es inexplicable.

LA OTRA: Sí.

(Silencio)

LA OTRA: Pero yo te odio.

(La Una se pega a sí misma un fuerte pellizco)

LA OTRA: ¿Qué haces?

LA UNA: Dime que no te ha dolido.

LA OTRA: No me ha dolido.

LA UNA: ¿Y entonces por qué gritas?

LA OTRA: No me ha dolido físicamente. Pero no me ha gustado verlo.

LA UNA: ¿Te ha dolido mentalmente?

LA OTRA: Me ha molestado verlo.

LA UNA: ¿Te ha molestado porque has recordado algún pellizco que te dieron?

LA OTRA: Si no lo hubiera visto no me hubiera dolido.

- LA UNA: ¿Y si te lo hubiera contado? ¿Te habría dolido?
- LA OTRA: Es posible.
- LA UNA: Eso lo demuestra todo.
- LA OTRA: Eso demuestra, ¿qué?
- LA UNA: Entre los gemelos hay un mayor grado de empatía que entre los hermanos no gemelos.
- LA OTRA: No es verdad.
- LA UNA: Y nosotras como gemelas tenemos una... conexión especial.
- LA OTRA: No lo creo.
- LA UNA: En muchas culturas son venerados los gemelos. Dicen que los dos forman parte de la misma alma. Y al nacer, es como si esa alma se separara. Por eso los gemelos tienen siempre esa sensación de vacío, por esa división primigenia.
- LA OTRA: ¿Eso es parte de tu estudio?
- LA UNA: En África hay tribus en las que dicen que el gemelo que nace primero decide si el que viene después nacerá vivo o muerto...
- LA OTRA: Te lo estás inventando.
- LA UNA: Dicen que se comunican desde el útero, y que el gemelo que acaba de nacer le puede decir al otro si le gusta o no lo que ve y en función de eso el hermano nacerá vivo o muerto. Si el segundo gemelo nace muerto, construyen un muñeco al que hay que alimentar, y lavar y cuidar, igual que si estuviera vivo.

LA OTRA: ¿Por qué?

LA UNA: Porque los dos forman parte de la misma alma. Y si no se cuida al muñeco, el otro gemelo puede morir.

LA OTRA: ¿Y eso qué más da?

LA UNA: ¿Cómo?

LA OTRA: Que más da que el que ha nacido muera si es por su culpa que el otro haya nacido muerto. El primero en nacer ha salido y le ha dicho al otro «vaya mierda de mundo, no nazcas» ¿Para qué conservar la vida entonces? A menos que...

LA UNA: ¿Qué?

LA OTRA: Que el primero sea un traidor y lo quiera todo para él.

(Silencio)

LA UNA: A lo mejor el primer gemelo lo que quiere, al construirse ese muñeco, es paliar esa sensación de vacío. Por eso estoy muy feliz.

LA OTRA: ¿Estás muy feliz?

LA UNA: Se ha descubierto.

LA OTRA: ¿El qué?

LA UNA: ¡El vacío, no existe! Es una falacia. Siempre hay ruido. Un ruido constante.

LA OTRA: ¿Un ruido?

LA UNA: Sí, como cuando te tapas los oídos y escuchas un zumbido constante. Nunca hay un silencio. Es imposi-

ble. Estamos rodeados de campos de fuerza, conectados entre nosotros por esos campos de fuerza, campos de fuerza en los que viaja lo invisible...

LA OTRA: ¿Lo invisible?

LA UNA: ...hasta las ideas viajan por esos campos de fuerza...

LA OTRA: Deberías dedicar tu tiempo a algo útil.

LA UNA: Y debido a esa conexión especial de los gemelos, se puede demostrar esto. Se puede demostrar que no estamos solos. Porque cuando te veo así, delante de mí, igual que yo, me planteo: ¿yo soy yo, o soy nosotras?

LA OTRA: Vale, me da igual.

LA UNA: Esa es la clave. Quiero decir, entender esa separación del principio, ahí está la clave. En la segunda guerra Mundial, en los campos de concentración...

LA OTRA: Me da igual.

LA UNA: ...se hacían experimentos con bebés gemelos para descubrir cuánto de lo que somos es innato y cuánto tiene que ver con las circunstancias...

LA OTRA: Me da igual.

LA UNA: ...y la verdad, los estudios no son concluyentes. Pero algo sí que está claro, no se puede unir aquello que la naturaleza separó por algún motivo. Y eso es triste. Hubo un científico loco, el ángel de la muerte lo llamaban, quiso volver a unir dos gemelos, dos niños de cuatro años. Quiso que fueran siameses. Así que los unió

por la espalda y hasta las manos, los cosió por la piel y las venas, pero los niños se pudrieron, al ser unidos de nuevo, los niños se pudrieron. Y el Ángel de la muerte siguió experimentando con parejas de gemelos, una pareja de gemelos tras otra. Veía si evolucionaban igual al ser infectados por el tifus... les vendaban el pecho a las madres para que no los amamantaran y comprobaban si morían de hambre a la vez... Pero lo que resultó ser fatal para los gemelos era la soledad, la separación entre ellos y la separación con su madre...

LA OTRA: *(Llora)* Me da igual

LA UNA: Así que, el ángel de la muerte, cuando los enviaba al horno, mandaba también a la madre, para presenciar la muerte de los niños. Porque no sería justo que una madre no pudiera presenciar la muerte de sus hijos. No lo juzgaron nunca, al científico ese, el ángel de la muerte, murió en una playa, tostándose al sol.

(Silencio)

LA UNA: Pero eso ya no importa, porque no estamos solos, no estamos solos, nos rodea un campo de fuerza y yo me puedo comunicar contigo cuando y donde quiera. Con sólo pensarlo. Porque todo es materia, no existe el vacío y las ideas viajan por ese espacio que no está vacío. No hay un vacío entre nosotras porque estamos conectadas, esto lo demuestra todo.

(Silencio)

LA OTRA: ¿Para qué sirve?

LA UNA: ¿El qué?

LA OTRA: Contar esas historias que cuentas.

LA UNA: Para entender.

(Silencio)

LA OTRA: Yo prefiero el vacío. El mundo ya tiene suficiente mierda como para que tú llenes el aire con esas historias, el mundo está lleno de historias de mierda. Lo único que demuestra tu estudio, tu estudio de mierda, es que la idea del dolor también duele. Y eso es lo que haces con tus historias, hacer daño. No me gustas, no me gusta compartir contigo cumpleaños, habitación, enfermedades... no me gustan las cosas que cuentas, no tenemos nada en común. Quieres hacer ahora como que tenemos algo en común, pero la verdad es que no. Llevamos años sin contarnos confidencias así que, por favor, no me hables de empatía porque no te conozco. Y a decir verdad, no me interesa conocerte. Me produces la misma curiosidad que me empuja a observar a una oruga mientras la aplasto con un palito. Cuando te miro, es como si me viera a mí misma, pero como quien dice... venida a menos. Tú vives en el mundo de las ideas y yo en el de los animales. Eso es, yo solo soy un animal, y sufro. No compartimos nada ni tenemos nada de lo que hablar. Además...

LA UNA: ¿Qué?

LA OTRA: Soy mucho más alta que tú, y eso hace que se me vea mucho más delgada.

III
El tercero

No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos.

(La voz del hermano se oye a través de la puerta)

VOZ DEL HERMANO: Hay gente que tiene odio en sus corazones. Esto es peligroso. ¡Debéis apartar esos pensamientos de vuestra mente! Hoy es un día crucial. Sé que estáis al borde del abismo, que os sentís... derrotados. Pero como reza el dicho *(en un tono optimista bastante desagradable)* «no dejes que muera el sol sin que mueran tus rencores». Es importante, se acerca el momento y resulta de especial importancia para encarar nuestro destino, el librarnos de esa oscuridad. Sin embargo, no puedo dejar de preguntaros: Camaradas, ¿cuál es la realidad de esta vida nuestra?

(Los hermanos ríen)

EL DE EN MEDIO: ¿Nos ha llamado camaradas?

VOZ DEL HERMANO: Nuestras vidas son tristes, fatigosas y cortas. Nacemos, trabajamos y morimos. Nos obligan a trabajar todo el tiempo. Nos obligan a hacerlo hasta acabar con nuestras fuerzas, hasta el fin de nuestros días, y cuando ya no servimos... Ningún animal conoce el significado de la felicidad o la holgazanería después de haber cumplido un año de edad. No hay animal libre en el mundo. La vida de un animal es sólo miseria y esclavitud, ésta es la verdad.

EL MENOR: ¡Estoy totalmente de acuerdo!

EL MAYOR: Tú te callas.

EL MENOR: ¡Quiero vacaciones!

VOZ DEL HERMANO: Un país, una civilización, se puede juzgar por la forma en que trata a sus animales.

EL DE EN MEDIO: ¿Por qué nos compara con animales?

LA OTRA: Técnicamente...

LA UNA: Es una metáfora. Una licencia poética.

EL MAYOR, EL DE EN MEDIO, EL MENOR Y LA OTRA:
Aaahhhhhhhhhhhhh.

VOZ DEL HERMANO: Os hablo de libertad, hermanos. Os estoy hablando de libertad. Sí, ya sé que en otros momentos, que en otras ocasiones, os he hablado del sacrificio, de poner la otra mejilla y todo eso. Durante mucho tiempo creí en el sacrificio como lucha, ¡ojo por ojo y el mundo se quedará ciego! (*Ríe*) Pero nacemos ciegos, nosotros, venimos a este mundo con los ojos cerrados. Todos nacemos ciegos y son muy pocos los que llegan a ver. Algunos creen que las cosas mejorarán pronto, creen en el progreso, otros se contentan con soñar con su muerte, viéndose, entonces, liberados de sus males, pero he deciros algo, ¿acaso no hemos visto en las carnicerías y en las cocinas esas carnes, sobre todo las de animales jóvenes, y más todavía las de animales de sangre fría, palpitando largo tiempo después de la muerte? Los lomos de ternera palpitan durante horas, las anguilas decapitadas se agitan durante días. No, camaradas, no es cierto que el dolor

termina tras la muerte. ¿Forma esto parte del orden de la naturaleza? No, camaradas, no.

EL DE EN MEDIO: ¿Estará muerto?

EL MAYOR: Tú, estás tonto o qué.

EL DE EN MEDIO: Habla como si agonizara. Como si pidiera explicaciones.

EL MAYOR: Explicaciones ¿a quién?

EL DE EN MEDIO: No lo sé, a alguien.

(Silencio)

LA UNA: *(Saca su cuaderno y anota)*

Creencia en lo divino: Sí.

EL DE EN MEDIO: ¿Qué hace?

LA OTRA: Un estudio, sobre la familia.

EL DE EN MEDIO: ¿Para qué?

LA OTRA: Su nueva obra, escribe nuestra historia.

EL DE EN MEDIO, EL MAYOR Y EL MENOR: Aaaaaaaaaaaaah.

VOZ DEL HERMANO: ¿Nuestra tierra es tan pobre que no puede proporcionar una vida decorosa a sus habitantes? Sé que os sentís indiferentes, que no os importa quiénes sean los siguientes en llegar al poder, que pensáis que esto, simplemente, significaría un cambio de amos, pero tenéis que saber que la libertad no caerá del cielo, logremos nuestra libertad luchando. ¡Rebelión!

EL MENOR: ¡Rebelión!.

VOZ DEL HERMANO: No podemos permanecer más en esta mísera condición. Libertad, igualdad y hermandad. Así es como se tiene que asentar la humanidad, sobre esa base, la base de la igualdad y de la hermandad. La hermandad y el amor. Amo a todo el mundo. Amor. Eso es lo que siento. Amo a estos hijos de puta, malnacidos, miserables, mezquinos, cainitas, traidores...

EL MAYOR: ¿El gilipollas este habla de nosotros?

VOZ DEL HERMANO: Siento una especie de alegría enfermiza, me disgustan, sí, los rigores de la existencia, y la ignorancia general, pero el amor... el amor surge ante la sencilla belleza del universo. Amo a todo el mundo, a todo el mundo. Un océano no se mancha porque algunas gotas estén sucias.

LA OTRA: Lo han tenido que drogar.

EL MENOR: Yo quiero que me den lo mismo.

EL DE EN MEDIO: Y yo.

VOZ DEL HERMANO: Es divertido. Todo parece tan fácil. Las palabras salen del choque de mis dientes y mis labios, de mi lengua que culebrea dentro de mi boca, no me reconozco al escucharme.

LA UNA: (*Anota en el cuaderno*) Despersonalización: sí.

LA OTRA: ¿Voy a buscar un médico?

VOZ DEL HERMANO: Vamos a celebrarlo, hermanos, vamos a celebrarlo. ¡Eso es! Una Celebración. Estamos aquí celebrando nuestra familia, nuestra hermandad.

LA OTRA: Voy a buscar un médico.

VOZ DEL HERMANO: Abrazaos todos, abrazaos.

(Hay una intentona general, el hermano mayor la corta)

VOZ DEL HERMANO: ¿Os habéis enterado ya del extraño sueño que tuve anoche? Tengo que deciros que, desde entonces, escucho música celestial en mis oídos, he visto... la solución.

Hay gente que puede llamarme visionario, bueno, no quiero parecer presuntuoso, pero...

(Silencio)

EL MAYOR: Se ha callado.

EL DE EN MEDIO: Alguien debería ir a buscar un médico.

(Se quedan quietos)

LA UNA: ¿Entramos?

(Se quedan quietos)

EL MAYOR: ¿No ha venido a verle nadie?

LA OTRA: No.

EL MAYOR: ¿Es que no trabaja nadie aquí?

EL DE EN MEDIO: ¡Qué vergüenza!

EL MENOR: ¡Como está el país!

EL MAYOR: La gente no quiere trabajar.

EL MENOR: No quieren trabajar.

EL DE EN MEDIO: No quieren, no.

EL MAYOR: Hablan y hablan, pero no hacen nada.

EL MENOR: Nada.

EL DE EN MEDIO: Nada, no.

LA UNA: Igual es el cambio de turno.

EL DE EN MEDIO: Probablemente, probablemente

EL MENOR: O una huelga.

EL DE EN MEDIO: Es posible, es posible.

LA OTRA: Se está haciendo de noche, a lo mejor es el cambio de turno.

EL MAYOR: Será eso, sí.

LA UNA: ¿Entramos?

(Se quedan quietos)

EL MAYOR: Entrad vosotras.

LA UNA Y LA OTRA: ¿Nosotras?

EL MAYOR: Las mujeres tenéis mano para estas cosas.

EL DE EN MEDIO: Sí, las mujeres tenéis mano.

EL MENOR: Sí.

LA UNA: ¿Mano?

LA OTRA: ¿Mano para qué?

EL DE EN MEDIO: Sí, ¿para qué?

(Silencio)

EL MAYOR: Ya sabes.

EL MENOR: Ya sabes.

(Silencio)

EL DE EN MEDIO: ¿El qué?

EL MAYOR: Tú, calla.

(Silencio)

LA OTRA: No sé. ¿Y tú?

LA UNA: Yo no, el qué.

EL MAYOR: Los enfermos.

LA UNA: Los enfermos...

(Silencio)

EL MAYOR: Los enfermos, los niños y los ancianos.

LA OTRA: Los enfermos, los niños y los ancianos, ¿qué?

EL MAYOR: Los enfermos, los niños y los ancianos, son un trabajo femenino.

(Silencio)

EL MAYOR: Por costumbre.

EL DE EN MEDIO: Por costumbre, sí.

EL MENOR: Sí, por costumbre.

EL MAYOR: Y la piedad también.

EL DE EN MEDIO: También, también.

EL MENOR: También.

EL MAYOR: Todo el mundo sabe eso...

EL MENOR: Todo el mundo lo sabe...

EL MAYOR: ... el sacrificio es un vicio femenino. Estáis preparadas para usar las rodillas.

(La Otra se acerca para darle un rodillazo, se asustan)

LA OTRA: Que os den por el culo, cobardes de los cojones.
Que sepáis que apesta, vuestra cobardía. Se huele desde aquí. Vosotros no la oléis por lo juntos que estáis, pero que sepáis que huele.

(Las hermanas entran en la habitación)

IV

Las estrellas, los entierros y las piedras

*¿Sabéis interpretar el aspecto del cielo,
y no sois capaces de interpretar las señales de los tiempos?*

(En el interior de la habitación, el hermano tapado de arriba abajo con una sábana, como hacen con los cuerpos en la morgue)

LA UNA: ¿Está muerto?

LA OTRA: No, está dormido.

LA UNA: No se mueve.

LA OTRA: Déjalo.

LA UNA: Pero, ¿respira?

LA OTRA: Claro.

(El hermano se mueve un poco y la Una asustada abraza a la Otra, la Otra se suelta)

LA UNA: ¿Y si se ha muerto?

LA OTRA: Sólo está dormido.

LA UNA: Pero, ¿y si se muere?

LA OTRA: Si se muere lo enterramos.

LA UNA: ¿Lo enterramos?

LA OTRA: Sólo está dormido. Cállate que te va a oír.

LA UNA: Pero ¿y si no quiere eso?

LA OTRA: Si no quiere, ¿qué?

LA UNA: No sé, a lo mejor no quiere que lo entierren, a lo mejor quiere que lo incineren.

LA OTRA: ¿Te callas?

LA UNA: No saber qué clase de entierro quieren tus seres queridos habla de un profundo desconocimiento. Voy a preguntárselo.

LA OTRA: Déjalo.

LA UNA: ¿Cómo quieres que te entierren?

LA OTRA: Que te calles.

(Silencio)

LA OTRA: No ves...

LA UNA: ¿Qué?

LA OTRA: Parece como si...

LA UNA: ¿Qué?

LA OTRA: La pierna, tiene más pelo.

LA UNA: Siempre ha tenido bastante pelo.

LA OTRA: Pero ahora tiene más.

LA UNA: Puede ser, no sé, los hombres tienen pelo.

LA OTRA: Pero es raro porque...

LA UNA: A lo mejor es por lo de su enfermedad, por su indisposición.

LA OTRA: ¿Tú crees?

(Silencio)

LA UNA: ¿Y si te entierran y no estás muerto?

LA OTRA: Los sepultureros van con mucho cuidado de enterrar a alguien que esté con vida.

LA UNA: ¿Pero y si se te para el corazón, momentáneamente?

LA OTRA: Entonces estás muerto.

LA UNA: Puede que tu corazón esté quieto y aún no estés muerto.

LA OTRA: No, no es posible.

LA UNA: ¿Y Jesucristo, qué?

LA OTRA: ¿Jesucristo, qué?

LA UNA: ¿Qué crees que le pasó cuando resucitó? Probablemente fue eso.

LA OTRA: Estaría vivo y se equivocaron.

LA UNA: Has dicho que los sepultureros no se equivocan.

LA OTRA: A veces sucede, pocas veces, pero sucede.

LA UNA: Prométeme que no me enterrarás sin comprobar bien que estoy muerta.

LA OTRA: Te lo prometo.

LA UNA: Vale, imagínate que me muero, que ya estoy muerta.

LA OTRA: No.

LA UNA: Imagíname en la caja, boca arriba, con los ojos cerrados.

LA OTRA: No.

LA UNA: ¿Qué harías? Dime, ¿qué harías si estuviese muerta?

LA OTRA: No lo sé.

LA UNA: ¿Qué vestido me pondrías?

LA OTRA: No quiero elegir un vestido.

LA UNA: Yo no puedo elegir un vestido, estoy muerta. Elige uno.

LA OTRA: No.

LA UNA: Entonces estaré desnuda y será un escándalo.

LA OTRA: ¿Por qué haces esto?

LA UNA: ¿El qué?

LA OTRA: Imaginar una y otra vez el día de tu muerte como si fuera una película.

LA UNA: No lo hago tanto.

LA OTRA: Lo haces desde siempre. Imaginas tú muerte y luego lloras. Da lástima.

LA UNA: De eso se trata. Además todo el mundo trata de ocultar la muerte, los hospitales y los asilos sirven para eso. Venga, imagina un vestido.

LA OTRA: Vale, el blanco.

LA UNA: Vale.

(Silencio)

LA UNA: No me gusta el blanco.

LA OTRA: Pero tú estás muerta y no puedes elegir.

LA UNA: Pero me queda fatal y será terrible.

LA OTRA: A mí me gusta el blanco, te imagino y me gusta como queda.

LA UNA: ¿Cómo queda con qué?

LA OTRA: Con la corona de flores.

LA UNA: ¿Has elegido ya la corona?

LA OTRA: Es blanca también.

LA UNA: ¿Y la caja, cómo es la caja?

LA OTRA: Lleva sobre la tapa una inscripción.

LA UNA: ¿Qué inscripción?

LA OTRA: *Te quiere, tu familia.*

LA UNA: ¿Cuánto tiempo hace que planeas mi muerte?

LA OTRA: ¿No es así cómo querrías que te enterrasen?

LA UNA: ¿Me has imaginado en la caja, con la caja cerrada y todo?

LA OTRA: «No saber qué clase de entierro quieren tus seres queridos habla de un profundo desconocimiento».

(Silencio)

LA UNA: No me gusta el vestido blanco, prefiero éste que llevo ahora, prefiero el rojo ¿Y la autopsia?

LA OTRA: ¿Qué autopsia?

LA UNA: Si es una muerte violenta se necesita una autopsia.

LA OTRA: No he pensado en la autopsia.

LA UNA: Pues piénsalo, piénsalo.

LA OTRA: ¿Por qué?

LA UNA: Quiero que me cuentes cómo soy por dentro. Me gustaría saber...

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: Si hay sorpresa, algún tipo de sorpresa. A veces pienso que me abren y me miran por dentro y entonces alguien dice: «Ahá, esto no me lo esperaba»

LA OTRA: No hay sorpresa. Es todo de lo más vulgar.

LA UNA: Eso es que no has mirado bien.

LA OTRA: Sí he mirado, y nada.

LA UNA: Seguro que encuentras algo, si miras mejor. A lo mejor encuentras... Un fósil.

LA OTRA: ¿Un fósil?

LA UNA: Sí, un fósil. Algo que se ha quedado ahí por alguna razón. Y que luego va y resulta que es la clave de la humanidad, del desarrollo de la especie, y todo eso está dentro de mi cuerpo. Y aunque yo ya no me entero, porque estoy muerta, resulta que mi paso por aquí tenía sentido, que había sido esperada, de algún modo.

LA OTRA: ¿Esperada por quién?

LA UNA: No lo sé, por alguien.

LA OTRA: ¿Un fósil? ¿Un fósil de qué?

LA UNA: No lo sé, un fósil de algo. ¡De un órgano antiguo! Eso es, un órgano antiguo que ya no usamos y se ha fosilizado, se ha convertido en piedra. Imagínate. Estás ahí, esperando mientras me hacen la autopsia para deter-

minar el porqué de mi muerte, y entonces lo descubren, no ya el porqué de mi muerte si no el porqué de mi vida. No ya el porqué de mi vida sino el porqué de la vida. Y eso es mucho mejor, ¡dónde va a parar!

LA OTRA: Sí. Eso estaría bien.

LA UNA: Sí.

(Silencio)

LA OTRA: Al principio parece un fósil, una piedra, y se plantean todo eso del desarrollo y del sentido de la humanidad...

LA UNA: ¡El sentido de la humanidad! El sentido, esa es la palabra, muchas gracias. Claro, porque esa piedra nos permite descifrar el sentido de todo, como la piedra Rosetta.

LA OTRA: Sí.

(Silencio)

Pero entonces se dan cuenta...

LA UNA: ¿De qué, de qué se dan cuenta?

LA OTRA: Se dan cuenta de que eso que parecía especial, que parecía ser algo, finalmente sólo era un tumor.

LA UNA: No, te equivocas.

LA OTRA: ¡Qué va! Lo han dicho los médicos. Es un tumor, un cáncer. Pero vamos, que es de lo más corriente, porque en nuestra casa todo el mundo muere de cáncer. Ya

lo sabes. Tenemos el cáncer en los genes. Así que, como te decía, es todo de lo más vulgar.

(Silencio)

LA UNA: Qué raro.

LA OTRA: Nada raro, es todo muy ordinario. Muy «de andar por casa».

LA UNA: *(Mirando al hermano)*

No. Nuestro hermano, ¿no parece cómo...?

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: Nada.

(Silencio)

LA OTRA: Parece qué...

LA UNA: Sí.

LA OTRA: ¿Pezuñas?

LA UNA: Sí.

LA OTRA: Se le están borrando las huellas dactilares.

LA UNA: Sí. Ya lo he visto.

(Silencio)

LA OTRA: No puede ser.

LA UNA: No.

LA OTRA: La higiene de las uñas nunca ha sido su fuerte.

LA UNA: No.

(Silencio)

LA OTRA: Levanta la sábana.

LA UNA: Levántala tú.

LA OTRA: ¿Lo hacemos a la vez?

(El hermano se mueve)

LA UNA: No.

(Silencio)

LA OTRA: Se retuerce.

LA UNA: Está molesto.

LA OTRA: Parece que va a reventar.

(Silencio)

LA OTRA: ¿Es nuestro hermano?

LA UNA: Claro, que es nuestro hermano. Sólo que se encuentra mal.

LA OTRA: Sí, una ligera indisposición. Pero le está saliendo... por detrás, su cuerpo...

LA UNA: No sé, a lo mejor se siente encerrado, comprimido en ese cuerpo tan pequeño. A mí me pasa a veces, yo me siento encerrada en mi cuerpo, apretada, como si fuera de una talla pequeña. A lo mejor tú y yo equivocamos los cuerpos, a lo mejor nos intercambiamos los cuerpos antes de nacer y tu cuerpo es el mío y el mío el tuyo. Me gustaría recuperar mi cuerpo, tengo miedo ¿me abrazas?

(Se abrazan una a la otra)

LA OTRA: No lo entiendo.

LA UNA: ¿El qué?

LA OTRA: (*Suave*)

Tu necesidad de amor constante. Tu necesidad de salvación. Vas por ahí mendigando amor todo el tiempo, mirando a los demás como un animal herido, esperando que te salven, pero entiéndelo de una vez, eres débil, joder, muy débil, esa necesidad de amor es lo que te hace tan débil ¿no te das cuenta? La naturaleza no tiene en cuenta a los seres débiles, no sirven para nada los seres débiles, los animales heridos mueren pronto. Los cazan o se pudren... En cualquier caso, sólo les espera la muerte. Por eso tienes esa predestinación en la mirada todo el tiempo. Los otros piensan: «si no se muere hoy, se morirá mañana» Y nadie quiere encariñarse de alguien que se va a morir, de alguien que siempre se está muriendo, por eso siempre acabas con aquellos hombres que no se encariñan, con aquellos hombres que te tratan como a un perro, porque a esos no les importa que te vayas a morir, es más, se excitan al saber que se puede llegar a tratar así de mal a otro ser humano y, por favor, no te hagas la víctima, porque sólo porque tú lo permites, sólo porque permites que te traten como a un perro, que no te traten como a un ser humano, existen las injusticias del mundo. Siempre hay gente como tú, en todas partes, y por eso existen las injusticias del mundo. Las tiranías suceden porque siempre hay alguien que las permite. Así que, límpiate las lágrimas y entiende que, eres culpable en todo este asunto y que no hay nada especial tras la muerte. No te consueles con eso porque por mucho que

mires al fondo del abismo, lo que da verdadero miedo es lo insignificante del asunto. Los que viven como perros, como perros mueren.

(Silencio)

LA UNA: ¿A ti qué te pasa?

LA OTRA: ¿A mí?

LA UNA: Sí.

LA OTRA: Nada.

LA UNA: Es que llevas dos monólogos que...

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: No sé, que parece que te pasa algo.

LA OTRA: ¿A mí?

LA UNA: Sí.

LA OTRA: No.

LA UNA: Ya.

(Silencio)

LA UNA: Oye...

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: ¿Sabes que en el horóscopo chino somos el perro?

LA OTRA: Bueno...

LA UNA: ¿Qué?

LA OTRA: Que en todo caso seremos perras y eso suena peor.

LA OTRA: Sí.

(Silencio)

LA UNA: ¿Y entonces qué?

(Silencio)

LA UNA: Dices que tras mi muerte no pasa nada especial, ¿qué es entonces o que pasa?

LA OTRA: No pasa nada especial, pero el entierro es bonito.

LA UNA: ¿Muy bonito?

LA OTRA: Muy bonito. Cogemos la piedra esa que han encontrado dentro de cuerpo y la usamos para ponerla encima de la caja, por si acaso te da por resucitar y abrirla.

LA UNA: ¿Y llora todo el mundo?

LA OTRA: A mares.

LA UNA: ¿Y nadie dice nada inconveniente sobre mí? Eso me daría mucha vergüenza.

LA OTRA: Los muertos no sienten vergüenza.

LA UNA: ¿Cómo puedes saberlo si no te has muerto nunca? Yo a veces pienso que la vergüenza me sobrevive.

LA OTRA: Nadie dice nada inconveniente, te lo prometo.

LA UNA: ¿Y qué pasa después?

LA OTRA: Después, ¿de qué?

LA UNA: Después. ¿Te quedas sola?

LA OTRA: No. Tú te mueres y te enterramos y todo eso, pero entonces me divido en dos partes.

LA UNA: ¿Te divides?

LA OTRA: Sí. De mi cuerpo sale otra igual y en ese momento me doy cuenta de que será así, para siempre. Como una condena.

LA UNA: ¡Qué bonito!

EL TERCERO: Os aseguro que no quedará piedra sobre piedra.

(Silencio)

LA UNA: ¡Mira! ¿Ves esa estrella?

LA OTRA: ¿Cuál?

LA UNA: La que más brilla, es un poco rojiza.

LA OTRA: No la veo, no.

LA UNA: ¿No ves un punto rojo?

LA OTRA: Eso sí.

LA UNA: Es Sirio. Anuncia los días perro.

LA OTRA: ¿Los días perro?

LA UNA: Los días de más calor, la canícula. Es una estrella guía. Algunos dicen que trae el mal.

(Silencio)

LA UNA: Es la estrella de Belén.

LA OTRA: ¿La estrella de Belén?

LA UNA: ¿Ves el gigante con tres torsos? El cinturón de Orión. Y al final está Sirio. La estrella que vieron cuando nació...el mesías. Además...

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: Es una estrella gemela.

LA OTRA: Qué obsesión.

LA UNA: No, de verdad, es una estrella gemela. Existe una Sirio A y una Sirio B. La que vemos es la más grande. La que tiene más luz, es mucho más grande que el sol, y a su lado tiene a la enana blanca, su hermana. Es más pequeña, pero está hecha de la materia más pesada del universo.

LA OTRA: Eso me lo creo.

LA UNA: Si te fijas mucho igual la ves. Está al lado.

Para ser una enana blanca antes ha tenido que ser una gigante roja.

LA OTRA: (*Al hermano*) ¡¿Por qué has dicho eso?! ¡¿Por qué?!

LA UNA: ¡Mira!

LA OTRA: Te están saliendo... Nuestro hermano, le están saliendo....

LA UNA: Las estrellas se acercan.

LA OTRA: Nuestro hermano... ¿Cuernos?

v
Calvario

Yo seré para todos, ocasión de caída

(Visión del hermano)

EL TERCERO: ¿En qué tiempo estoy? Este escenario, este lugar, parece el solar de una batalla... inmemorial, de una guerra... antigua. El desierto y el polvo. Siento como si llevara sobre mis hombros... una pesada carga, una carga preciosa, me pregunto ¿qué será? ¿En qué tiempo estoy y por qué grita todo el mundo? ¡Una fiesta!, ha venido todo el mundo, a celebrarlo. Nadie quiere perderse... el espectáculo. ¿Qué celebramos? ¿Qué celebramos? La procesión ha iniciado la marcha. ¿Qué celebramos? ¿A dónde vamos? Desde luego el calor es asfixiante, el calor y las moscas, ¡Qué bochorno! Debo de estar sudando a chorros. Y los pocos árboles que encontramos de paso, parecen no dar sombra. Sin duda, esta tierra parece maldita, árida, llena de espinas y cardos. Tierra de sal. Hombres y mujeres braman, hambrientos. Y la tierra, que cruje bajo mis pies, parece hambrienta también. Un estómago enorme, un estómago que no satisface con nada. Y la tierra come y come, pero cuanto más come, más hambre. Cuando ya no pueda más, cuando la tierra se haya comido todo, las piedras, los árboles, los animales, las personas, se empezará a comer a sí misma, sus piernas, sus manos, su espalda, su cabeza, hasta que sólo quede su estómago. No quedará piedra sobre piedra. Y

entonces saldrá el sol durante siete días, y su estómago se derretirá pero, de vez en cuando, se la oírás gruñir, pero ¿qué digo? ¡Qué extraño! Tengo la sensación de utilizar un lenguaje prestado, un lenguaje con un regusto de antigüedad, de ruina. ¿Qué hacen? ¿Discuten? Ese de ahí parece que va a vomitar, habla como si fuera a vomitar, sí, ya han empezado, los vómitos. Y las mujeres vomitan de espaldas, para que no las vean, y los hombres vomitan de frente, y el sonido del vómito parece contagioso, y los quejidos, los vómitos, parecen maldiciones, y no paran de salir a chorros de la boca de todo el mundo, parece como si la peste hubiera descendido sobre nosotros. ¿Por qué nadie me mira? ¿Vergüenza? Agachan la mirada... a mi paso. Sus gritos... me empujan. Pero este camino... este sendero está perfectamente señalizado. ¿A dónde vamos? Discuten, las recriminaciones van y vienen, parecen enemigos unos de otros más que miembros de una familia extensa. Ahora siento... ¡las cadenas! Estoy atado, como un reo ¡me llevan! No voy con ellos ¡me llevan! Hay otros tres, otros tres atados como yo. Y el sol, el sol descende por ese monte de ahí enfrente, sin descanso. Parece diferente el sol, parece... No, no puede ser. Y todo ese montón de gente se acerca, han venido a mirar. A mirar.... ¿qué? Ahora se separa la comitiva y me percató, de que hay dos como yo, somos tres, tres condenados y tres postes. Antes éramos cuatro, ¿dónde está el que falta? Detrás, el tío de la capucha que nos empuja. Se marchan, se marcha todo el mundo. ¡Ehhhhhh!

¿Dónde vais? No entra nadie aquí, nadie salvo el tío de la capucha, y dos perros que se han sentado al sol, medio muertos, y se espantan uno al otro las moscas. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué va a pasar ahora? ¿Me dolerá? Espera. ¿Qué haces? Espera, espera, beeeeeeeeeee, beeeeeeeeeee,beeeeeeeeeeeeeee.

VI

El padre y el pueblo

*Todos vosotros sois hermanos. A nadie en la tierra llaméis
padre,
al fin y al cabo,
los enemigos del hombre son los de su propia casa.*

(Los hermanos siguen sentados, el menor intenta levantarse, no le dejan)

EL MAYOR: ¡Cómo está el país!

EL DE EN MEDIO: Sí, cómo está.

EL MENOR: El país...

EL MAYOR: Hay que mirar lo positivo del asunto.

EL DE EN MEDIO: ¿Y qué es lo positivo?

EL MAYOR: Que algún día alguien nos preguntará, ¿estuvisteis? Y nosotros diremos...

EL MAYOR, EL DE EN MEDIO Y EL MENOR: Estuvimos.

(Silencio)

EL MAYOR: ¡Qué Vergüenza! ¡Cómo está todo!

EL DE EN MEDIO: Muy mal, está todo muy mal.

EL MENOR: Está todo... hasta el tiempo está raro.

EL MAYOR: El tiempo es lo peor de todo.

EL MENOR: Este sol... ¿Ha gritado algo, no?

(El menor hace un intento de levantarse. Se levantan los tres)

EL MAYOR: ¿A dónde vas?

EL MENOR: Adentro.

EL MAYOR: ¿Por qué?

EL MENOR: Para ver qué pasa.

EL MAYOR: No hace falta ir adentro para ver qué pasa. Desde aquí puedes saber todo lo que pasa.

EL MENOR: Pero quiero verlo con mis ojos.

EL MAYOR: Siéntate que ya te digo yo lo que pasa.

EL MENOR: Pero, ¿y si te equivocas?

EL MAYOR: No me equivoco.

EL DE EN MEDIO: No se equivoca.

EL MENOR: Igualmente voy.

EL MAYOR: ¿A dónde?

EL MENOR: A escuchar el ruido.

EL DE EN MEDIO: ¿Qué ruido?

VOZ DEL HERMANO: ¡Eh! Shhhhhht. ¡Eh!

EL MAYOR: Está todo en silencio. Lo mejor es quedarse aquí en silencio.

EL DE EN MEDIO: No hay ningún ruido. Sólo silencio.

VOZ DEL HERMANO: ¡Eh! Shhhht. ¿El cuarto condenado dónde está? ¿Cómo ha hecho para librarse?

EL MAYOR: Te lo inventas todo. No hay tifones, ni terremotos y por supuesto no hay ningún ruido.

EL MENOR: Pero he oído...

EL MAYOR: ¿Qué has oído?

EL MENOR: No sé, he creído oír algo.

EL MAYOR: Nuestra familia no es de esas en las que importan las creencias.

EL DE EN MEDIO: No importan, no.

EL MAYOR: En nuestra familia lo único que importa es la familia y los hechos.

VOZ DEL HERMANO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee,
beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

EL MAYOR: Ya te digo yo que no hay ruido. Está indispuerto, ligeramente indispuerto. Y nosotros esperamos a que se le pase. Eso es todo.

EL MENOR: Sus chillidos, suena como un animal, sus gritos parecen los de un animal.

EL DE EN MEDIO: Parece como si tuviera una necesidad.

EL MAYOR: ¿Qué necesidad?

EL DE EN MEDIO: La necesidad de hablar, de contarnos algo.

EL MAYOR: Ningún ruido. El único ruido que podéis oír es el del televisor encendiéndose y apagándose.

VOZ DEL HERMANO: Tengo sed.

EL DE EN MEDIO: ¿Le doy de beber?

EL MAYOR: Déjalo que ya le dará alguien.

EL MENOR: Quiero ir.

EL MAYOR: ¿Para qué?

EL MENOR: Para ver.

EL MAYOR: No puedes.

EL MENOR: ¿Por qué?

EL MAYOR: Porque entonces me quedaré con el sofá. Como hacía nuestro padre.

VOZ DEL HERMANO: ¡Tengo sed!

EL MAYOR: Me quedaré con el sofá, me tumbaré, y os tendréis que sentar todos en el suelo. Y así pasaremos las horas, vosotros sentados en el suelo y yo tumbado en el sofá.

EL DE EN MEDIO: Pero cabemos los tres en el sofá.

EL MAYOR: Pero yo prefiero estar tumbado.

EL MENOR: No puedes.

EL MAYOR: ¿Por qué?

EL MENOR: Porque todos somos iguales.

EL DE EN MEDIO: Sí, todos somos iguales.

EL MAYOR: ¿Quién lo dice?

VOZ DEL HERMANO: Beeeeeeeeeeeeeee, beeeeeeeeeeeeeee.

EL MAYOR: Todos somos iguales, sí, pero algunos somos más iguales que otros.

EL MENOR: Eso es verdad.

EL DE EN MEDIO: Es verdad.

EL MENOR: Es verdad, sí.

EL MAYOR: Mira los negros.

EL MENOR: Los negros, ¿qué?

EL MAYOR: Los negros quieren ser como nosotros, pero no lo son.

EL DE EN MEDIO: ¿Y cómo son?

EL MAYOR: Pues diferentes.

VOZ DEL HERMANO: Beeeeeeeeeeeeee,
beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

EL MENOR: Sí, es diferente. Digo son, son. Los negros son distintos.

EL DE EN MEDIO: Pero la igualdad....

EL MENOR: Iguales, pero menos.

EL MAYOR: ¿Qué decía nuestro padre, eh, qué decía?

EL DE EN MEDIO: ¿Cuando seas mayor, comerás huevos?

EL MAYOR: Sí, y también...

EL MENOR: Y también, los negros son todos mentirosos y farsantes. Por eso se ponen banderas en las camisetas, porque quieren parecer lo que no son. Y si los ves, vestidos así, saltando una valla, puedes pensar que son como tú, pero lo cierto es que no lo son. Así que no hay que tener compasión.

EL DE EN MEDIO: Sin compasión.

EL MAYOR: Y no hay que tener piedad.

EL MENOR: Sin piedad, no. Porque los negros son vengativos. Putos negros, resentidos por tantos años de esclavitud. Y no son simplemente extranjeros, no, no, no, porque a algunos extranjeros sí se les entiende. Por ejem-

plo, si habla un alemán, en la televisión, en los subtítulos pone: habla en alemán. Y si habla un italiano, ¿qué pone?

EL MAYOR Y EL DE EN MEDIO: ¡Habla en italiano!

EL MENOR: ¡Muy bien! Hijos muy bien. Pero cuando habla uno de esos negros negros, en los subtítulos de la televisión, ¿qué pone?

EL MAYOR Y EL DE EN MEDIO: ¡Habla en su idioma!

EL MAYOR: Pero de ningún modo os penséis que ser negro consiste simplemente en el tono de piel. No. En la categoría negro caben también, por ejemplo, las mujeres. Si no entendéis a alguien ¿qué es?

EL MAYOR Y EL DE EN MEDIO: ¡Negro!

(Silencio)

EL MAYOR: No lo diría así.

EL MENOR: ¿No?

EL MAYOR: Nuestro padre diría: Si desconfías, si se asienta sobre ti la sospecha. Si te dan ganas de espiar sus movimientos, de levantar los visillos cada vez que lo oyes salir por la escalera, ¿qué es?

VOZ DEL HERMANO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeee,
beeeeeeeeeeeeeeeeeee.

EL MENOR: ¡Cabra! Digo negro. Negro.

VOZ DEL HERMANO: Padre, ¿por qué te enfadas conmigo?

EL DE EN MEDIO: Un hermano es un hermano.

EL MAYOR: No te fíes.

EL MENOR: No te fíes.

EL MAYOR: La gente conocida es de la que menos te puedes fiar. Puede mutar de un momento a otro, y entonces es cuando te llevas la decepción. Te mirará con ojos de cordero degollado cuando en realidad, lo que hace es pensar en cómo hacer la revolución. Y nosotros, los demás, no nos enteraremos de nada, porque ellos, el negro ese y los que son como el negro, estarán hablando en su idioma. Y como no sabremos qué idioma es ese que hablan los jodidos negros vengativos, acabarán con nosotros. Así que... si te he visto, no me acuerdo.

EL MENOR: Si te he visto, no me acuerdo.

EL MAYOR: Eso es muy de aquí.

EL MENOR: ¿Ese? No es mi hermano.

EL MAYOR: No es mi hermano, no. A lo mejor lo he visto...

EL MENOR: Pero no me acuerdo.

EL DE EN MEDIO: Pero la igualdad.

EL MAYOR: ¿La igualdad, qué?

EL DE EN MEDIO: La igualdad, la hermandad...

EL MAYOR: ¿Acaso, cuando trabajas, no ves pasar a la gente ociosa, la gente ociosa en las playas y piensas «me gustaría ser como ellos», es más, «me gustaría ser ellos»?

EL DE EN MEDIO: Sí, pero...

EL MAYOR: Envidia.

EL MENOR: Mucha. Envidia mucha.

EL DE EN MEDIO: Envidia... todo el tiempo envidia.

EL MAYOR: La envidia también es muy de aquí.

EL MENOR: También. También.

EL MAYOR: Si te gustaría ser como ellos, si sientes envidia, eso sólo quiere decir...

EL DE EN MEDIO: ¿Qué no son españoles?

EL MAYOR: Sí. Y también que no eres como ellos.

EL MENOR: ¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta todos! ¡A la mierda los turistas que vienen aquí a joder nuestras playas!

EL MAYOR: Nuestro padre trabajó toda su vida. ¿Se fue alguna vez de vacaciones?

EL DE EN MEDIO: No, pero...

EL MAYOR: Entonces la igualdad no existe. Hay clases. Y lo que tengo muy claro es que no le voy a dejar mi sitio en el sofá a ningún jodido negro, porque yo me he ganado mi sitio en el sofá trabajando. Y si ahora alguien viene y me dice eso de todos somos iguales. Hay que ser solidario...

EL DE EN MEDIO: Todos iguales....

EL MAYOR: Voy yo y le digo ¡Y una mierda!

EL MENOR: ¡A joderse negros! Si me jodo yo, aquí se jode todo el mundo.

EL MAYOR: Eso, jodido uno, jodidos todos.

EL MENOR: Sí, ¡viva la envidia!

EL DE EN MEDIO: ¡Viva la envidia!

EL MAYOR: ¡Viva el deporte nacional!

EL DE EN MEDIO: ¡Viva! Pero...

EL MAYOR: ¿Pero, qué?

EL DE EN MEDIO: ¿Recuerdas cuando tuve el accidente con la moto, el accidente por la pelota de plástico esa de los antidisturbios que se quedó en la carretera?

EL MAYOR: Eso fue por culpa de los manifestantes.

EL DE EN MEDIO: Sí, pero justo después va y aparece mi hermano.

EL MAYOR: Sin manifestantes no hay pelota y no hay accidente.

EL DE EN MEDIO: Sí, no hay pelota, ni accidente. Pero la siguiente persona que vi, antes de que me llevaran al hospital, fue él.

EL MENOR: Eso fue una suerte.

EL MAYOR: Una coincidencia.

EL MENOR: Y una suerte.

EL DE EN MEDIO: De todas las personas que podían pasar por esa carretera, la siguiente persona que pasó fue mi hermano. La única persona que podía pasar cuando estaba en la cuneta, era hermano mío.

EL MENOR: Eso fue una suerte. La de gente que se queda en las cunetas. Y luego se mueren. Y los dejan ahí. Se quedan ahí, enterrados en cualquier cuneta de cualquier lugar.

EL MAYOR: No se quedan ahí, luego se recoge el cuerpo.

EL MENOR: Se quedan ahí. ¿Por qué hay flores en las cunetas? Porque hay gente por ahí, enterrada en algún lugar de algún camino.

EL DE EN MEDIO: En ese momento me pareció...

EL MAYOR: ¿Qué?

EL DE EN MEDIO: Un ángel.

(Silencio)

EL MENOR: Tío, eso que acabas de decir es muy bonito.

EL MAYOR: ¿Y qué?

VOZ DEL HERMANO: Tengo sed. Tengo hambre. ¿Padre? ¿Padre?

EL DE EN MEDIO: Nada. Que lo de la igualdad. Lo de la hermandad. Era un bonito sueño. Una bonita idea.

EL MAYOR: Las ideas. no valen para nada. En nuestra familia lo que importan son los hechos.

VOZ DEL HERMANO: Tengo sed, tengo sed.

EL MAYOR: De ideas, de sueños, no vive el hombre. Por eso es mejor no pensar.

VOZ DEL HERMANO: Tengo sed. Tengo sed.

(Gritando)

¡Que alguien le dé de beber! ¡Que alguien le de de beber y que se calle! ¡No puedo soportar ni un segundo más los gritos! ¡Estamos en un hospital! ¡Por el amor de Dios! ¡Resulta insoportable escuchar los gritos! ¡Es una falta

de respeto hacia los demás! ¿Es que nadie piensa ya en el respeto? ¡No estoy diciendo que no haya libertad de expresión! ¡Pero la libertad de expresión termina cuando empieza la libertad de expresión del que tienes al lado! ¡Las agonías deberían de llevarse en silencio! ¡Molestan a los demás! ¡Que alguien le dé de beber y que deje de pedir! ¡Que le acerquen, aunque sea, una esponja a la boca! ¡Que le den agua o vinagre, me da igual! ¡No es posible concentrarse con tantos gritos! ¡No estoy diciendo que no tenga derecho a manifestarse! ¡No! ¡Pero eso hay que modularlo! ¡Porque altera el orden público! ¡Esto se avisa! ¡¿Dónde están los médicos?! ¡¿Dónde?! ¡Seguro que están haciendo el vago en algún sitio! ¡O están atendiendo a negros sin papeles, de forma ilegal! ¡No quiero decirlo `pero tengo que decirlo! ¡No quiero decirlo pero tengo que decirlo! ¡No quiero decirlo pero tengo que decirlo! ¡Con Franco nos hubiera ido mejor!

VII

La madre y los clavos

*Una voz se oyó en el desierto,
un llanto y lamento grande.
Es la madre que llora a sus hijos
Y no quiere ser consolada
porque ya no existen.*

(Las hermanas, están una a cada lado del hermano)

LA OTRA: Se ha callado.

LA UNA: Se ha dormido.

LA OTRA: Está inconsciente. ¿Qué haces?

LA UNA: Escribo.

LA OTRA: ¿El qué?

LA UNA: La Historia. Esta historia.

LA OTRA: Hay que avisar a alguien.

LA UNA: ¿A quién?

LA OTRA: No lo sé. ¿A un médico?

LA UNA: Las dos sabemos que lo que tiene no se cura.

LA OTRA: Pero está enfermo.

LA UNA: Las enfermedades del alma no se curan.

EL TERCERO: ¡Eh! Shhhht ¡Eh!

LA UNA: Ya empieza otra vez.

EL TERCERO: ¡Shhhhhhhhhht! ¡Eh! ¿Dónde está el cuarto condenado? ¿Dónde está el que falta? Éramos cuatro y ahora somos tres.

LA OTRA: Hemos sido tres en este calvario, todo el tiempo.

EL TERCERO: ¡Eh! ¿Y el cuarto? ¿Cómo ha hecho para librarse?

LA OTRA: ¿Qué pasa, no me oyes? ¡Tres! ¡Estamos tres! Voy hacer un recuento. Una, dos y tres.

EL TERCERO: ¡Eh! Shhhht. ¡Eh! Tengo que deciros que desde aquí, postrado, todo se ve con claridad.

LA OTRA: ¿Y ahora qué hace?

LA UNA: Predica.

LA OTRA: Yo creo que no habla nuestro idioma.

EL TERCERO: La sed... ¡Tengo sed!

LA OTRA: ¿Por qué no le damos de beber cuando lo pide?

LA UNA: Porque nunca se dirige a nosotras. No nos tiene en cuenta.

LA OTRA: ¿Y entonces, qué hacemos?

LA UNA: Pues estamos aquí, mirando.

LA OTRA: ¡Deja de escribir! ¿A quién puede interesarle la historia de nuestra familia?

LA UNA: La de estados que se embarcan en una guerra por conflictos familiares. ¿Qué ha dicho antes de lo de la sed?

EL TERCERO: ¡Eh! Shhhht. ¡Eh!

LA UNA: Quizás algo como «se inflama mi espíritu». ¿Qué te parece?

LA OTRA: Pero no es lo que ha dicho.

LA UNA: Ya lo sé. Pero la palabra escrita sigue otras reglas.

LA OTRA: ¿Qué reglas?

LA UNA: Las del que escribe.

EL TERCERO: Tengo sed.

LA OTRA: Hay que avisar a alguien.

LA UNA: ¿A quién?

LA OTRA: A su madre.

LA UNA: Ninguna madre querría ver así a su hijo.

LA OTRA: Así, ¿cómo?

LA UNA: Así, de esa manera. Todo colgado. Ninguna madre, ningún clavo, soporta ese peso.

LA OTRA: Pues habrá que descolgarlo.

LA UNA: No servirá de nada.

LA OTRA: ¿Por qué?

LA UNA: Porque no hay pastor. Aunque lo descolguemos. No hay pastor. Lo único que queda es pasto. Y un pasto se traga al otro pasto. Eso lo sabe todo el mundo. Descolgarlo sólo serviría para una cosa.

LA OTRA: ¿Para qué?

LA UNA: Para que sirva de alimento cada domingo. Y una madre no querría ver eso. Por mucho que su hijo fuera un héroe, eso le haría daño.

LA OTRA: Pero hablemos en cristiano, por favor.

Para una madre no hay nada penoso en limpiar un culo sucio ¿no? Por lo menos, abrázale. No sé, báñale los pies de lágrimas.

LA UNA: Yo, ¿por qué?

LA OTRA: Porque te pareces a mamá.

LA UNA: No, tú pareces a mamá.

LA OTRA: No tú, tú te pareces a mamá.

LA UNA: Tú eres igualita físicamente. Igualita.

LA OTRA: Y tú....

LA UNA: ¿Qué?

LA OTRA: Tú....

LA UNA: ¿Qué?

LA OTRA: Tú sientes de la misma manera y te aseguro que eso es una desgracia.

(Se quedan observando al hermano durante un rato largo)

LA UNA: Si quieres hacemos la prueba pero no va a servir de nada.

(La Una se acerca al tercero)

LA UNA: ¿No me reconoces?

LA OTRA: Dile que eres su madre.

LA UNA: ¿Por qué?

LA OTRA: Para darle consuelo.

LA UNA: Soy tu madre.

EL TERCERO: Yo no tengo madre ni padre. Tú no eres mi verdadera madre. Yo solo tengo hermanos.

LA UNA: No hijo, soy tu madre.

EL TERCERO: Que te apartes de mí, te digo. Es posible que fueras mi madre en algún momento, o eso es lo que

creías. Pero lo cierto es que no tengo madre, ni padre.
Yo soy del pueblo.

LA OTRA: ¡Qué cabrón!

LA UNA: Si lo escucha mamá...

LA OTRA: (*Al hermano*) ¡No tienes vergüenza!

Pero claro, en eso consiste ser madre.

LA UNA: No creo, no.

LA OTRA: Sí. Eso es siempre así. Ser madre consiste en estar preparada para el día que te den la patada. ¿Fue en este hospital?

LA UNA: No fue aquí.

LA OTRA: Sí, fue aquí.

LA UNA: Todos los hospitales parecen iguales.

LA OTRA: Los mismos muebles. La misma grieta dividiendo la pared. ¿Fue en esta habitación?

LA UNA: Todas las habitaciones de hospital parecen iguales. En todos los hospitales se tiene la misma sensación.

LA OTRA: ¿Qué sensación?

LA UNA: La sensación de que empieza y acaba el mundo. Pero no fue en esta habitación.

LA OTRA: Pero esta es la planta de psiquiatría. Fue aquí mismo. ¿No lo ves?

EL TERCERO: ¡Preparad el camino! Allanad los senderos y que empiece la contienda.

LA OTRA: Está fatal el pobre.

EL TERCERO: Dejad que los lunáticos se acerquen a mí.

LA OTRA: (*Anotando*) Sí, un ejército.

EL TERCERO: ¡Eso es! un ejército de lunáticos.

LA OTRA: Menos mal que hay barrotes en la ventana. ¡Hay barrotes en la ventana! Fue aquí mismo donde la encerraron.

LA UNA: ¿A quién?

LA OTRA: A nuestra madre.

LA UNA: No me acuerdo.

LA OTRA: Pues si quieres te lo cuento. Para tu obra sobre la familia.

EL TERCERO: No tengo familia, sólo tengo hermanos.

LA UNA: No hace falta. Estoy cambiando cosas. Es mejor no ceñirse a la realidad tal cual, eso, te limita.

LA OTRA: Pero te vendrá bien.

LA UNA: ¿El qué?

LA OTRA: Lo de la madre enloquecida.

LA UNA: La madre, la madre. Siempre hablando de la madre, ¿por qué no hablamos del padre?

LA OTRA: Porque no lo conocemos lo suficiente.

LA UNA: Eso es verdad.

EL TERCERO: No tengo padre, no tengo padre. ¿Por qué me has abandonado?

(*Silencio*)

LA UNA: No me parece interesante.

LA OTRA: ¿Cómo que no? si da para una obra. La madre blanca como la nieve, casi sin sangre ya, mirándose al espejo y maldiciéndolo.

LA UNA: No me parece interesante.

EL TERCERO: No tengo padre. No tengo madre.

LA OTRA: Una madre que se siente culpable por sus pensamientos, vencida...

LA UNA: Las madres son invencibles, vencidas, pero invencibles.

LA OTRA: ¿Lo recuerdas? Claro que te acuerdas, si tú estabas allí cuando la encontramos sentada en el váter, desnuda y con el espejo en la mano.

LA UNA: No, mi madre, no.

LA OTRA: Sí, claro que sí. Tu madre, la mía y la de este. La de todos estos. Tu madre.

EL TERCERO: Yo no tengo madre. No tengo madre.

LA UNA: No he visto eso y no he oído nada.

LA OTRA: Si todavía no te lo he contado.

LA UNA: ¿El qué?

LA OTRA: Lo que dijo. Pero da igual, porque te acuerdas.

LA UNA: No me acuerdo de nada. No me acuerdo.

LA OTRA: Dijo...

LA UNA: Soy infeliz, ingratos de mierda. Lo único que he hecho en esta vida desde que empecé a parir ha sido sufrir, y vosotros no tenéis tiempo para venir a verme. No venís ni un puto domingo al mes. Ahora recuerdo todo el tiempo que he pasado amamantándoos y recuerdo cada uno de vuestros atragantamientos. Soy incapaz de dejar esos martirios en el olvido. Cuando mi tercer hijo se atragantó con una moneda, fue la primera vez que me morí un poco, y desde entonces me he estado muriendo todo el tiempo por vuestra culpa: tú, (*a la hermana*) rabiosa de los cojones. El día que te quedaste sin respiración, ese día me brotó psoriasis por todo el cuerpo, y aún la tengo ¿No la ves? Mi cuerpo, mi cuerpo lleno de estigmas.

EL TERCERO: Los estigmas...

LA OTRA: Esas fueron sus palabras, o parecidas. O al menos eso es lo que estaba pensando, seguro. Y luego se tomó las pastillas. En nuestra cara. Claro que no la culpo, es que eso de parir la tiene que dejar a una enferma, ¿no? Los partos son cosas brutales, como operaciones sin anestesia.

LA UNA: ¡Qué va! No creo, no. Yo creo que los hijos nacen así, de repente.

LA OTRA: De repente, como escupidos. (*Ríe*) Quiero decir... ¡hala! así, arrojados al mundo.

EL TERCERO: No tengo madre, no tengo padre. He sido arrojado al mundo.

LA UNA: (*A la hermana*) Calla de una vez, que lo traumatizas más de lo que está. (*Al hermano*) ¿Acaso no estás vivo? Eso es gracias a mamá.

EL TERCERO: ¿Y acaso no tendré que morir?

(*Silencio*)

LA OTRA: Y una vez arrojados, con-mu-cho-do-lor, el peso...

LA UNA: ¿Qué peso?

LA OTRA: El de los pensamientos. Eso sí que no lo sostiene ningún clavo. Todo el día pensando, ¿y si mi hijo muriera?

EL TERCERO: Al final todos vamos a morir.

LA OTRA: Yo no quiero morir.

EL TERCERO: Yo tampoco. Yo tampoco. Pero si tuviéramos que morir...

LA OTRA: Yo no quiero morir.

EL TERCERO: Yo tampoco. Pero si tuviéramos que morir, que matar y que morir, ¿no sería mejor hacerlo por una idea?

(*Silencio*)

LA OTRA: ¿Y si mi hijo matara a alguien? Esa es una pregunta mucho peor.

LA UNA: ¡No, no, no! Las madres escriben a sus hijos.

LA OTRA: ¿Escriben a sus hijos?

LA UNA: Claro. Los escriben a su imagen y semejanza y si no les gusta cómo les han salido los hijos, los tachan o los borran hasta que les salen bastante bien o por lo menos, mejor.

LA OTRA: Pues no creo yo. Porque los personajes, los hijos, se rebelan siempre. Y por mucho que una quiera escribirlos a su antojo, siempre se acaban escapando, o convirtiéndose en cualquier cosa.

LA UNA: ¿Siempre?

LA OTRA: Mira a nuestro hermano.

(Lo miran, lo inspeccionan, lo analizan, con amor y con rabia, al mismo tiempo)

LA OTRA: Los hijos salen de cualquier manera, como les viene en gana, pero eso no es lo peor de ser madre.

LA UNA: ¿Ah no?

LA OTRA: No.

LA UNA: ¿Y qué es lo peor?

LA OTRA: Lo peor es el placer del autosacrificio. Reconocamos que tenían razón, el autosacrificio es un vicio femenino, pero sobre todo: materno. Ten en cuenta que los deseos cambian. *(Señalando al hermano)* Después de salir ese pedazo de animal por ahí, es normal que una no tenga ganas de que le vuelva a entrar nada. Por no hablar del embarazo, toda embutida una, rellena, como un pavo, ¿Por qué va a querer que la llenen de nuevo? Se está mejor vacía. Y eso es lo que sienten las madres durante

toda la vida, el vacío. Así que una se queda sin amantes y se entrega a tener deseos de madre.

LA UNA: ¿Deseos de madre?

EL TERCERO: No tengo madre, no tengo madre.

LA UNA: ¡Cállate de una vez!

LA OTRA: Deseos de madre. Como por ejemplo pasar el tiempo en el parque viendo a los subnormales de los niños, porque los niños de los demás son imbéciles perdidos. «Mira ese de ahí le ha pegado a mí hijo» o «mira ese otro que le quita el juguete, ya apunta maneras ¡ladrón!» Y cuando no están en el parque, las madres hablan de lo que han hecho en el parque. Y cuando el niño está dormido, las madres miran las fotos y los videos que le han hecho durante el día. A eso se reducen sus conversaciones, a hacer una crónica de lo que ha hecho el niño en cuestión. Un evangelio de sus andanzas. «Hoy ha dado un paso», «hoy ha dicho una palabra», «mi hijo es especial, siempre supe que lo sería» Cuando la realidad es que las madres tienen hijos igual de subnormales que los niños del parque ¿No me dirás que esos de fuera no tienen un retraso mental? Yo por eso no quiero ser madre, no, gracias, no es para mí. Yo prefiero frotarme con otro cuerpo a frotar los muebles.

LA UNA: ¡Putá!

LA OTRA: ¡Madre!

LA UNA: Eso no es insulto.

LA OTRA: Depende como se mire.

EL TERCERO: ¡Eh! Schhhht. ¡Eh! ¿Dónde está el cuarto condenado? ¿Dónde está el que falta?

LA OTRA: (Señalando a la Una)

PUES ESTÁ....

LA UNA: ¡Cállate!

(*En voz baja*)

LA UNA: ¿Desde cuándo lo sabes?

(*Silencio*)

LA UNA: ¡Lo has sabido todo el tiempo!

LA OTRA: Soy tu hermana gemela. Te oigo pensar.

LA UNA: ¿No decías que no había conexión alguna entre nosotras?

LA OTRA: Sinceramente, preferiría no tener que escuchar tu basura privada.

LA UNA: Pues no escuches.

LA OTRA: Es que no puedo evitar ser cotilla. Va en el carácter. ¿Por qué no me lo has dicho?

LA UNA: Sabía que te ibas a poner así, lo sabía, lo sabía.

LA OTRA: Es culpa tuya. Te sientes culpable porque la has fastidiado.

LA UNA: Me siento culpable. Pero no se ha fastidiado nada. Igual es mejor.

LA OTRA: ¿Y si no me quiere?

LA UNA: ¿Quién?

LA OTRA: La cosa esa que llevas dentro. Si no me quiere, tú me dejarás de querer.

LA UNA: No te voy a dejar de querer.

LA OTRA: Pero tú y yo éramos una. Y ahora ya no. Ahora somos tres. Tú, yo y el pequeño tirano.

LA UNA: No le llames tirano

LA OTRA: Ya empiezas a darme órdenes. ¿Lo ves? Soy yo quien da las órdenes. Nuestra relación se resiente.

LA UNA: Es que no es un tirano.

LA OTRA: Lo defiendes en contra mía. Y eso que aún ni le conoces. ¿Y todos los años que llevamos juntas, tú y yo? Nosotras estábamos desde el principio juntas. Nuestra relación era una relación de igualdad. Éramos las dos partes de una misma cosa. El mismo barro. La vuestra es una relación de dependencia. ¡Qué asco!

LA UNA: No le llames tirano.

LA OTRA: ¿Por qué? ¿Me vas a pegar, eh?

LA UNA: No le llames tirano porque es una tirana.

LA OTRA: ¿Tirana?

LA UNA: Sí.

(Silencio)

LA OTRA: ¡Qué bien suena!

LA UNA: Sí.

LA OTRA: Pero las relaciones de a tres siempre salen mal.
Alguien lo acaba pagando.

LA UNA: Tres son mejor que una. Es más divertido. Así
siempre podemos pelearnos dos contra una.

(Silencio)

LA OTRA: ¡Qué bien suena!

LA UNA: Sí.

VIII
La cabeza en la pica

(Entran los hermanos. Las hermanas cubren al tercero. Desde este momento los movimientos de todos serán como los de las bandadas de pájaros, se agruparán unos con otros para luego separarse y agruparse con otros etc.)

EL MAYOR: ¿Dónde está?

LA UNA: ¿Quién?

EL MAYOR: ¿Quién va a ser? El que lleva horas gritando esa mierda comunista.

LA UNA: No sé a quién te refieres. *(A la Otra)* ¿Y tú?

LA OTRA: Yo no.

EL MAYOR: *(Con sonrisa forzada, al menor)* Dice que no...

EL MENOR: *(Se ríe de forma más sonora, más forzada)* Qué no, dice...

EL DE EN MEDIO: *(Señalando a las hermanas)* Qué..¿Qué es lo que sobresale...?

LA UNA: *(A la Una)* ¿Sobresalir?

LA OTRA: Nada.

LA UNA: Nada.

EL MAYOR: Seguro que nada.

LA UNA Y LA OTRA: Seguro.

EL MAYOR: Porque por un momento he pensado que era ese...

LA UNA: ¿Ese? No, no sé a quién te refieres.

LA OTRA: ¿A quién te refieres?

EL MAYOR: (*Mirando al menor*) Que a quién me refiero...

EL MENOR: Se refiere a...

EL MAYOR: Me refiero a ese de ahí.

LA UNA Y LA OTRA: ¿A quién?

EL MAYOR: A ese. Ese que se ha dejado el pelo largo para hacerse una coleta y qué parece un Ché Guevara de mercadillo.

EL MENOR: Lo hace para presumir de pelo.

EL DE EN MEDIO: Otra cosa no, pero pelo...

LA UNA: ¿Te refieres a ese que todavía conserva la suficiente inocencia como para hablar sin ironía?

EL MAYOR: No. Me refiero a ese, ese que tiene pinta de no lavarse con su camisa de supermercado arremangada.

EL MENOR: ¡Sucio! ¡Piojoso!

LA OTRA: Un poco sucio...

LA UNA: Ah, ya sé. Me imagino que te refieres a ese, ese que quiere multiplicar los panes y los peces para repartirlos y que a veces, cuando camina, parece hacerlo sobre las aguas.

EL MAYOR: No, no. Me refiero a ese otro, ese vocero que se mete en jardines donde no debería meterse y que va a hacer que nos cuelguen a todos.

LA UNA: ¿El que quiere curar a los ciegos para que vuelvan a ver?

EL MAYOR: No, el violento que no se controla con el vino y que en las fiestas familiares canta canciones de hace más de un siglo poniéndonos a todos en evidencia. Me refiero a ese, a ese de ahí, ese que tiene cuernos y rabo y al que dan ganas de dispararle un tiro en la nuca.

(Silencio)

EL MENOR: ¡Joder una cabra!

LA UNA: No es una cabra.

EL MENOR: ¡Una cabra, una cabra!

EL DE EN MEDIO: Un poco cabra sí parece.

EL MENOR: ¡Tiene cuernos. Una cabra!

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee, beeeeeeeeeeeeeee.

(El tercero corre para escapar del menor)

EL MENOR: Bichito, bichito. Ven aquí pedazo de bicho.

LA OTRA: No le llames bicho.

EL MENOR: ¿Por qué?

LA OTRA: Está feo.

EL MENOR: Bichito, cabrita. Ven aquí.

EL MAYOR: Un cabrón.

EL MENOR: ¡Ven aquí pedazo de bicho!

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeee,
beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

LA OTRA: Está indispueto.

EL MENOR: ¡Indispueto una mierda, es una cabra!

LA UNA: (*Anota*) Transformaciones: sí.

EL MENOR: ¡Pedazo de bicho, pedazo de bicho! ¡Vaya con el pedazo de bicho este! No me mires con arrogancia que te aplasto piojoso. Te has convertido en cabra sólo para destacar.

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeee, beeeeeeeeeeeeeeeeeee

EL MENOR: ¿Qué dices? ¿Qué dices? Una hostia te voy a dar.

EL DE EN MEDIO: A mí me parece que sólo está balando.

EL TERCERO: Ladran, luego cabalgamos.

EL MENOR: ¡Qué dejes de balar!

EL DE EN MEDIO: No, ahora sí que ha dicho algo.

EL MAYOR: ¿Por qué no ha venido ningún médico? Digo yo que esto se podrá curar.

EL DE EN MEDIO: ¿El qué?

EL MAYOR: Lo de ser cabra.

LA UNA: Las enfermedades del alma no se curan.

EL MAYOR EL DE EN MEDIO Y EL MENOR: ¿Qué?

LA OTRA: Es otra licencia poética.

EL MAYOR: ¿Otra licencia poética?

EL MAYOR, EL DE EN MEDIO Y EL MENOR:

Aaaaaahhhhhhhhhhh.

(Silencio)

EL MAYOR: ¿Y ahora qué?

EL DE EN MEDIO: ¿Qué?

EL MAYOR: ¿Qué hacemos ahora?

EL DE EN MEDIO: ¿Qué hacemos con qué?

EL MAYOR: Con la cabra.

EL TERCERO: ¡Eh! Shhhhhht. ¡Eh! ¿Dónde está el cuarto condenado? ¿Cómo ha hecho para librarse?

EL DE EN MEDIO: Yo no sé nada. Pero...

TERCERO: ¿Qué?

EL DE EN MEDIO: Si supiera algo, en el caso de que yo supiera algo, eso... ¿Me beneficiaría de algún modo?

TERCERO: ¡Mierda de cabra oportunista!

EL DE EN MEDIO: ¿Me ha llamado oportunista?

EL MAYOR: Y te ha llamado cabra.

EL MENOR: Todos llevamos un cartel colgado al cuello,

EL DE EN MEDIO: ¿Un cartel? ¿Qué pone en el mío?

EL MENOR: Indeciso.

EL DE EN MEDIO: ¿Y en el suyo?

EL DE EN MEDIO: No lo veo, con todo este sol, solo veo reflejos.

EL MAYOR: No hay ningún cartel. Ningún ruido y, por supuesto. Ninguna cabra.

(Silencio)

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

(Silencio)

Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

(Silencio)

Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

EL MAYOR, EL DE EN MEDIO, EL MENOR: ¡Cállate!

(Silencio)

EL MAYOR: Nos señalarán con el dedo.

LA OTRA: Me da igual que me señalen.

EL MAYOR: Eso es porque no tienes ni idea de lo que es que te señalen, que te vigilen los vecinos por el ojo de la cerradura, que todo el mundo lo comente.

EL DE EN MEDIO: ¿Lo comentan?

EL MAYOR: Claro que lo comentan.

EL MENOR: Todo el mundo lo comenta, sí.

EL DE EN MEDIO: ¿Qué comentan?

LA OTRA: No comentan nada. A la gente le da igual.

EL MAYOR: Eso es... como una marca.

EL DE EN MEDIO: ¿Una marca?

LA OTRA: A la gente le da igual. No comentan nada. A la gente le das igual tú y tu marca.

EL DE EN MEDIO: ¿Pero entonces hay marca?

EL MAYOR: Si alguien comete un error en la familia, afecta a toda la familia. Si un miembro de la familia se convierte en cabra, esta es la familia de la cabra.

EL DE EN MEDIO: ¿La familia de la cabra?

EL MAYOR: La familia cabra.

(Silencio)

EL DE EN MEDIO: ¿Y se ve? ¿Esa marca se ve?

LA OTRA: A nadie le importas, ni tú, ni tú marca.

EL MAYOR: Sí.

EL DE EN MEDIO: ¿Todo el tiempo?

LA OTRA: No se ve, se huele. Como la cobardía. Pero, ¡qué más da! Nadie se te va a acercar tanto como para notar la peste.

EL DE EN MEDIO: ¿No es posible deshacerse de la marca?

EL MAYOR: No es posible.

LA UNA: *(Anota)* Imposible, imposible deshacerse del origen, de la marca.

EL TERCERO: Yo no tengo madre.

EL MAYOR: ¿Qué no tienes qué?

EL DE EN MEDIO: Dice que no tiene madre.

EL MAYOR: Tú te callas, que tienes madre y origen. Como todos. Y por tu culpa, todos tenemos marca.

EL MENOR: No se ve... pero hay una serie de normas que te van a hacer seguir.

EL DE EN MEDIO: ¿Normas?

EL MENOR: Normas.

EL DE EN MEDIO: ¿Qué normas?

LA OTRA: ¿Ah eso? Nadie se dará cuenta.

EL DE EN MEDIO: ¿De qué?

LA OTRA: De si sigues o no las normas.

EL DE EN MEDIO: ¿Qué normas?

LA OTRA: Yo, por ejemplo, no sigo las normas.

EL DE EN MEDIO: ¿Qué normas?

LA OTRA: ¡Las normas! Pero no te preocupes, que yo llevo muchos años viviendo así.

EL DE EN MEDIO: ¿Así, cómo?

LA OTRA: Así, sin seguir las normas. Si quiero...

EL DE EN MEDIO: ¿Qué?

LA OTRA: Si quiero follarme a un negro me lo follo.

EL DE EN MEDIO: ¡Putá!

LA OTRA: ¡Superviviente!

EL DE EN MEDIO: Eso no es un insulto.

LA OTRA: Depende cómo se mire.

EL MAYOR: Vaya boca. Deberías aprender de tu madre. Pobrecilla, qué disgusto.

EL MENOR: ¡Qué disgusto, sí!

EL MAYOR: A ver cómo hace la pobre para lavar esto.

EL DE EN MEDIO: ¿Y qué hacemos?

EL MAYOR: Pues a partir de ahora vivir con los ojos muy abiertos. No vaya a ser que alguien nos delate.

EL MENOR: Es por su culpa. Si no fuera por ahí pregonando sus sentimientos, si no fuera por ahí convirtiéndose en cabra, lo hace para destacar.

LA UNA: Sólo nos muestra su sufrimiento.

EL MAYOR: El sufrimiento es algo privado. Los hombres tienen que sufrir solos y en silencio.

EL TERCERO: Padre, padre ¿Por qué me has abandonado?

EL MAYOR: No soy tu padre.

EL TERCERO: No tengo padre, no tengo madre.

EL MAYOR: No se puede uno fiar de nadie. Renegar así de su madre, si lo oye se muere.

EL TERCERO: Todos tenemos que morir.

EL DE EN MEDIO: Yo no quiero morir.

EL TERCERO: Ni yo. Pero si tenemos que morir, ¿no sería mejor hacerlo por los que vengan?

EL MENOR: ¡Qué me importan a mí los que vengan!

EL TERCERO: Os estoy hablando de ideas hermanos, de lucha, de justicia, de amor. ¡Qué calor!

EL MAYOR: Hace un sol de justicia.

EL DE EN MEDIO: De justicia, sí.

EL MENOR: Sí, de justicia.

(Cogiendo de un hombro al menor y de otro hombro al de en medio)

EL TERCERO: ¿Sabéis lo que sería justo? Sería justo que la tierra entera fuera nuestra.

EL MENOR: Nuestra, ¿de los tres?

EL TERCERO: Nuestra, de todos.

EL DE EN MEDIO: No sé. No sé.

EL MENOR: ¿Y qué haríamos entonces?

EL TERCERO: ¿Con la tierra? Trabajarla.

EL MENOR: ¿Trabajarla? ¡Qué calvario!

EL TERCERO: El séptimo día se descansa.

EL MENOR: Pues vaya una mierda ¡quiero vacaciones!

EL TERCERO: ¡Animalismo! ¡Rebelión!

EL MAYOR: ¿Rebelde? ¿Rebelde? ¡Eso sí que no!

(El mayor se abalanza sobre el tercero, éste corre)

EL TERCERO: La tierra no está ahí para que nadie nos la quite. Todo está ahí por alguna razón. ¿Para qué tengo cola? Para espantar las moscas.

EL DE EN MEDIO: Preferiría no tener ni cola, ni moscas.

EL MENOR: ¡Ven aquí bicho, ven!

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

EL MENOR: ¡Bichito, bichito! Joder cómo salta el bicho este.

LA UNA: No le llames bicho. Es nuestro hermano.

LA OTRA: Así en ese estado parece contento.

EL MAYOR: Pues habrá que enseñarle a no estar tan contento.

EL DE EN MEDIO: Enseñarle, ¿cómo?

EL MAYOR: Con autoridad

LA UNA: Se te está poniendo....

EL MAYOR: ¿Qué?

LA UNA: Se te está poniendo cara de verdugo.

EL MENOR: ¡Eso es lo que pone en su cartel!

EL MAYOR: ¿Y en qué se diferencia la cara de un verdugo?

LA UNA: En que tiene miedo de su víctima.

EL DE EN MEDIO: A lo mejor podemos enseñarle a vivir entre nosotros. A estarse quieto. A no saltar. Sí, y a sentarse a la mesa. Y a no defecar por todas partes. Enseñarle a contenerse. Esa es la diferencia.

EL MENOR: ¿La diferencia? ¡Es una cabra!

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

(Silencio)

LA UNA: Yo me hago cargo.

EL MAYOR, EL DE EN MEDIO, Y EL MENOR: ¿Qué?

LA UNA: He dicho que yo me hago cargo.

LA OTRA: Tú, ¿por qué?

LA UNA: De algún modo... me siento responsable de todo esto.

LA OTRA: Un poco responsable sí eres.

EL MAYOR: El patriarca soy yo.

EL MENOR: El patriarca eres tú.

EL DE EN MEDIO: Tú eres el patriarca, eso seguro.

LA UNA: Sí, pero yo...

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: Yo...

EL MAYOR, EL DE EN MEDIO Y EL MENOR: ¿Qué?

LA UNA: Bueno... es el hermano al que más quiero.

LA OTRA: ¿Qué?

EL MENOR: ¿Y por qué a él y no a mí?

LA OTRA: Eso sí es traición...

EL MENOR: ¿Es por qué se ha convertido en cabra? Pues yo también puedo hacerlo mira. Beeeeeeeeeeeeeee, beeeeeeeeeee...

EL MAYOR: Ninguna cabra, ninguna. Ya empieza el contagio

EL DE EN MEDIO: ¿El contagio? ¿Qué contagio?

LA OTRA: Está claro que es el hermano al que más quieres...

LA UNA: Lo que quiero decir es que...

LA OTRA: No te justifiques, no es que eso me importe lo más mínimo pero... (*negando con la cabeza*) en tu estado, los animales...

EL MAYOR: ¿En tú estado?

EL DE EN MEDIO: ¿Qué estado?

LA OTRA: Yo creo que ya vas a tener suficiente con cuidar del pequeño bastardo.

LA UNA: No es un pequeño bastardo.

(Silencio)

LA UNA: Es una pequeña bastarda.

EL MAYOR: ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué a nuestra familia?

LA UNA: (Anota) El Destino.

EL MENOR: Seguro que se ha follado a un negro cabrón o... o a un comunista.

EL MAYOR: Esto sería más fácil si estuviéramos en otro tiempo.

EL DE EN MEDIO: ¿En qué tiempo?

EL MAYOR: No sé, en el de los romanos.

EL MENOR: Sí, en las pelis de romanos esto se resuelve rápido.

EL MAYOR: Sí, se resuelve, sí.

EL DE EN MEDIO: ¿El qué, cómo, cómo se resuelve?

LA OTRA: (A la Una) ¡Que dejes de escribir!

LA UNA: ¿Por qué?

LA OTRA: Porque nos arrastras con tu historia.

LA UNA: ¡Y yo también me arrastro con todas vuestras historias! Eso es una familia ¿no?

LA OTRA: Bueno ¿y ahora?

LA UNA: ¿Qué?

LA OTRA: ¿Qué va a pasar ahora? ¿Adónde vamos a ir a parar con esta historia?

(Todos miran a La Una, pidiéndole explicaciones)

LA UNA: Pues.... ¡Mira!

EL MAYOR, EL DE EN MEDIO, EL MENOR, LA OTRA Y EL TERCERO: ¿Qué?

LA UNA: En el cielo, no hay un sol, sino dos soles.

EL MAYOR: Lo que faltaba.

LA OTRA: Yo no veo nada.

LA UNA: Eso es por la luz, que no te deja ver. Hay dos soles. Por eso hace tanto calor, tanto calor de justicia. No es un sol, sino dos. Por eso se quema la muchedumbre.

EL MENOR: ¿Dos soles?

LA UNA: Sí.

LA OTRA: ¡Un milagro!

EL MAYOR: El Apocalipsis

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

EL DE EN MEDIO: Me pregunto ¿cuál de los dos será el que más calienta?

LA OTRA: Dos soles, ¿igual que Sirio?

LA UNA: Todo se multiplica, como los panes y los peces. Un hermano que es también una cabra, dos soles, dos perros, o un perro de dos cabezas, o de tres, según se mire, y un... y un verdugo.

EL MAYOR: No es por nosotros.

EL DE EN MEDIO Y EL MENOR: ¿Nosotros?

EL MAYOR: Si ese animal no fuera nuestro hermano, si fuera un animal recogido en el páramo, quizás podríamos llevarlo a casa, construirle una habitación sellada, ponerle nombre y jugar con él por la noche. Cuando nadie más nos viera, si no fuera nuestro hermano, podríamos adoptarlo como un conejo, o un pájaro, o un perro...

EL DE EN MEDIO: No podemos hacer eso.

EL MAYOR: No es nuestra mascota.

EL MENOR: ¿Por qué tiene que ser él la mascota, eh? ¿Por qué?

EL MAYOR: ... Y entonces podría ser como si fuera uno de nosotros, jugaríamos a que fuera uno de nosotros pero sabríamos que no lo es.

EL MENOR: *(Al tercero, riendo)*

¿Te crees especial, eh? Pues no eres más que un negro.

EL MAYOR: Y si fuera necesario un día, lo mataríamos para comer y diríamos «es así».

EL TERCERO: Padre, padre ¿por qué me has abandonado?

LA UNA Y EL DE EN MEDIO: Si no fuera nuestro hermano.

EL MAYOR: Y por lo tanto no debemos comerlo. Ni podemos adoptarlo. Ni podemos jugar con él, por respeto.

EL DE EN MEDIO: No podemos, no.

LA UNA: Pero es nuestro hermano.

EL MAYOR: Sí. Y es por él por quien deberíamos hacemos esto.

EL DE EN MEDIO: ¿Hacer qué?

EL MAYOR: Miradlo. Está sufriendo eso se nota.

LA UNA: ¿Sufre?

EL TERCERO: Bee.

LA UNA: Pues parece contento.

EL MAYOR: Sufre. Esas muecas de su rostro no son de alegría sino de dolor. Pobrecillo, continuará viviendo del pasto que nosotros le demos atado a un poste, hasta que un buen día... ¡Qué cruel es esperar una muerte así! Y, mientras tanto, sufrirá él y sufriremos todos.

EL DE EN MEDIO: ¿Sufriremos?

LA UNA: No sabemos si sufre.

LA OTRA: ¿Sufres tú?

LA UNA: Sí.

LA OTRA: ¿Puedes imaginar su sufrimiento?

LA UNA: Sí

LA OTRA: Entonces sufre.

LA UNA: Me dices eso porque estás celosa.

LA OTRA: Y tú escribes cosas sórdidas porque vende más.

LA UNA: ¡Putá!

LA OTRA: ¡Escritora!

LA UNA: Eso no es insulto.

LA OTRA: Depende cómo se mire.

EL MAYOR: Esta es una historia antigua, el animal se come y el hombre se alimenta, mezclar las cosas es pervertir el orden y pervertir el orden nos convierte en la familia cabra.

EL DE EN MEDIO: ¿La familia cabra?

EL MENOR: La familia cabra.

(Silencio)

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

(Silencio)

EL DE EN MEDIO: La familia cabra.

EL MENOR: La familia cabra, sí.

EL MAYOR: La familia cabra.

(El hermano mayor se acerca al tercero. Lo mira. No hace nada)

EL MAYOR: Lástima que no se pueda hacer nada.

EL MENOR: ¿No podemos?

EL MAYOR: Al fin y al cabo, no deja de ser nuestro hermano.
Hermano sin honra pero hermano.

LA OTRA: Nos hemos criado bajo la misma soledad.

LA UNA: Bajo la misma tiranía.

EL MAYOR: Pero es que... si nos paramos a mirar las cosas tal y como son...

LA UNA: Se te encienden las mejillas.

EL MAYOR: Deberíamos prevenir el contagio.

EL DE EN MEDIO: El contagio. ¿Qué contagio? ¿Se contagia?

LA UNA, LA OTRA, EL MAYOR Y EL MENOR: Sí.

(Silencio)

EL TERCERO: ¡Eh! Shhhhhhhhhhhhhhhhhht ¡Eh! ¿Dónde está el cuarto condenado? Éramos cuatro y somos tres. ¿Dónde está el cuarto condenado? ¿Cómo se libró?

(Silencio)

EL TERCERO: Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

(Silencio)

Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

(Silencio)

Beeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

(El de en medio se abalanza sobre el tercero y lo mata)

EL DE EN MEDIO: No soy un asesino. Solo soy el de en medio, transparente, invisible. Así que no me miréis como si fuera un criminal. Vosotros lo habéis dicho, es el orden natural. No quiero ser la serpiente ni la cruz de nadie, pero estaba condenado. Eso lo sabíamos todos. Si alguien hubiera querido impedirlo lo habría impedido. Ninguno de vosotros lo ha hecho. Sufría. La muerte en estos casos dignifica, ¿no es así? Acabado el hermano, acabada la marca, ¿no? No es un problema de justicia sino de destino. No hay nadie para detener las cosas o si hay alguien, prefiere el olor de la sangre y el sacrificio a

los frutos de la tierra. No he sido yo. Yo sólo hice lo que tenía que hacer. No me miréis y si me miráis hacedlo como lo que soy: Inocente. Por lo menos, igual de inocente que todos vosotros. No me miréis como si fuera un fratricida ni me maldigáis, porque si lo hacéis yo os maldeciré a vosotros. ¡Que la hierba muera bajo vuestros pies! Que los árboles os nieguen su sombra...

(Silencio)

Hermano, me recogiste de la cuneta. Hermano...

(Silencio)

(Silencio)

LA OTRA: Hay que enterrarlo.

LA UNA: Sí. Pero...

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: Que no sabemos cómo quiere que lo entierren.

LA OTRA: *(A la hermana)* No sigas.

EL MAYOR: Podemos hacer algo mejor.

LA UNA: ¿Mejor?

EL MAYOR: Podemos poner su cabeza en una pica.

LA OTRA: *(A la Una)* Tú eres la peor de todos nosotros, la peor...

EL DE EN MEDIO: Yo prefiero enterrarlo. Que su cuerpo sea semilla... que de su fruto. La tierra está llena de cadáveres insepultos. Están enterrados por ahí, de cualquier manera. Hermano, me recogiste de la cuneta...

EL MAYOR: Es mejor, poner su cabeza en una pica, nadie se olvidará de él, eso sí dará frutos. Podremos reverenciarlo.

EL MENOR: ¡Reverenciarlo!

EL MAYOR: Difundir su palabra, su mensaje.

EL MENOR: ¿Qué mensaje?

EL MAYOR: Déjame eso a mí, yo sé que es lo que quería decir.

LA UNA: ¿Y lo que dijo?

EL MAYOR: Si decimos lo que dijo tal cual, la gente podría malinterpretar sus palabras.

LA OTRA: La palabra escrita sigue otras reglas. Tú dices eso, ¿no?

EL DE EN MEDIO: (*Pálido*) Prefiero enterrarlo.

EL MAYOR: Pero tu opinión no cuenta, porque tú no querías a tu hermano. Eso salta a la vista.

EL MENOR: A la vista está, sí.

EL DE EN MEDIO: Soy igual de inocente que vosotros.

EL MAYOR: Pero algunos somos más inocentes.

EL MENOR: Más inocentes, sí.

EL MAYOR: Además así nunca morirá.

EL MENOR: No morirá.

EL MAYOR: Así será... como si hubiese resucitado.

LA OTRA: (*Llora*) ¡Un milagro!

LA UNA: Mira al cielo. Las estrellas se precipitan.

LA OTRA: Un abismo se abre.

LA UNA: Un abismo

LA OTRA: Para recibirnos.

Epílogo
El sol de las mujeres

*Y sus rostros brillaron como el sol,
Y sus vestiduras se volvieron blancas, como la luz.*

(La Una y la Otra bajo el cielo abierto)

LA UNA: ¿Ves esa estrella de ahí?

LA OTRA: Sirio.

(Silencio)

LA OTRA: Ya no es nuestra estrella.

LA UNA: Claro que lo es.

LA OTRA: No lo es, esa era nuestra estrella cuando éramos dos.

LA UNA: Pero Sirio tiene una tercera estrella. Es un sistema triple.

LA OTRA: Te lo inventas.

LA UNA: Aún no se ha descubierto, pero saben que está ahí.

LA OTRA: ¿Cómo lo saben?

LA UNA: Lo intuyen. Por la forma que tienen de orbitar las estrellas, de moverse.

LA OTRA: Te lo estás inventando.

LA UNA: Hay una tercera estrella. Esperando a ser descubierta. Dicen que es el sol de las mujeres.

LA OTRA: ¿Quién la llama así?

LA UNA: Una tribu africana.

LA OTRA: Ya.

(Silencio)

LA OTRA: ¿El sol de las mujeres?

Es bonito.

Pero es mentira.

LA UNA: ¿Qué final prefieres, el sol de las mujeres o la cabeza en la pica?

(Silencio)

LA OTRA: La verdad es que brilla como si fueran tres.

LA UNA: Sí.

(Silencio)

LA UNA: *(Con las manos en el vientre)*

¡Oh!

LA OTRA: ¿Qué?

LA UNA: Me ha dado una patada.

